

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

BARCELONA 25 DE OCTUBRE DE 1909

NÚM. 1.452

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



RETRATO PINTADO POR FRANZ HALS

(De fotografía de London News Agence Photo.)

Este cuadro forma parte de la colección adquirida por los Sres. Duveen por la cantidad de 500.000 libras esterlinas.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El juramento fatal*, por Juan Bertheroy. — *La Universidad de La Plata*, por R. Monner Sans. — *La «Doncella» de Anzio*. — *En honor de los soldados franceses muertos en Wissemburg*. — *París. Un vuelo admirable del conde De Lambert*. — *La campaña de Melilla*. — *Espectáculos*. — *El archivo de Guibray*, novela ilustrada (continuación). — *París. La gran quincena de la aviación*. — *El monoplano Bleriot en el Museo de Artes y Oficios*. — *El globo dirigible «España»*. — **Grabados.**— *Retrato pintado por Franz Hals*. — Dibujo de Parys que ilustra el artículo *El juramento fatal*. — *Los príncipes Leopoldo y Alberto de Baviera*, retratos pintados por F. A. Kaulbach. — *Dr. D. Joaquín V. González*. — *La Universidad de La Plata*. — *La estatua la «Doncella» de Anzio y lugar en donde fué descubierta*. — *Diana, diosa del mar*, cuadro de Juan Elliot. — *Monumento a la memoria de los soldados franceses muertos en Wissemburg*. — *La campaña de Melilla*, ocho fotografías. — *Monumento a Sardou*, obra de Franceschi y Vaudescal. — *De Lambert efectuando su admirable vuelo sobre París*. — *Reloj de sol*, obra de José Finney. — *París. La gran quincena de la aviación. Parque de los automóviles*. — *Los tres héroes del concurso, Paulhan, Gobron y De Lambert*. — *Entrega al Museo de Artes y Oficios del monoplano Bleriot*. — *Meaux. Primera salida del globo dirigible «España»*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El que quiera saber cosas nuevas, lea libros viejos; en el caso presente y modificando la sentencia, el que quiera saber cosas nuevas lea también libros nuevos que de lo pasado traten, rebuscando lo curioso y lo olvidado, y recogiendo esos detalles realistas, típicos, que alumbran á veces la historia con viva luz.

Un libro de esta naturaleza acabo de recibir de México—de donde tantos recibo ahora, con extrema gratitud.—Hace pocos días venía á mis manos el tomo XXV de la gran serie que publica el sabio D. Jenaro García, bajo la denominación general de *Documentos para la Historia de México*, y en este instante llega el *México viejo y anecdótico*, de D. Luis González Obregón. Hallo en él algunas noticias de las que los franceses llaman *piquantes*, y que se prestan á glosa ligera, como debe siempre ser la labor del cronista.

La historia es un tejido de muy diversos hilos, entrecruzados y revueltos con nudos y marañas. No hay cosa más opuesta al verdadero conocimiento de la historia que el empeño de la homogeneidad. A distancia, identificamos cosas que antaño andaban, no ya apartadas, sino acaso enzarzadas en pelea. Nuestra influencia en América, los destinos de nuestra raza allí, nos parecen inseparables de la lengua y la literatura. Por boca de la poesía hemos dicho que el viajero que arribe

«á las playas antípodas distantes,
verá la Cruz del Gólgota clavada,
y escuchará la lengua de Cervantes...»

haciendo así, del idioma del *Manco*, la forma suprema del españolismo persistente de la América donde corre nuestra sangre y ha hecho casta nuestra progenie. Tiene, pues, que causar alguna sorpresa la noticia de que, á principios del siglo XVII, el *Quijote* estaba prohibido y mandado recoger en México.

Ni más ni menos. Referiré el caso, tomándolo del interesante libro á que vengo aludiendo, *México viejo y anecdótico*.

Su autor, el Sr. González Obregón, es, además de un notable escritor, un erudito, registrador de viejos papelotes. Hubo de caer en sus manos diligentes cierto manuscrito, picado honrosamente de polilla, como cumple á un papel hidalgo, y que rezaba en el epígrafe: «Inquisición de flotas venidas de los Reinos de S. M. desde el año de 1601 hasta el presente de 1610.» Todos los rebuscadores saben que no deben descorazonarse ante un encabezado en apariencia sin interés: González Obregón siguió leyendo, y encontró que, según el reglamento vigente en la fecha del manuscrito, se ordenaba reconocer, á la arribada de los navíos, si llevaban libros prohibidos, para decomisarlos. Eran estos libros, amén de los heréticos, contrarios á la fe y á las buenas costumbres, los que contuviesen materias de Indias ó Artes y vocabularios de lenguas indígenas, que no estuviesen aprobados; y, asimismo, los libros «profanos y fabulosos» y de historias fingidas. Esto estaba expresamente estatuido en las leyes de Indias, anteriores al amarillento papel.

A continuación, el manuscrito declaraba los libros que fueron decomisados en la Veracruz, durante los años que abarcaba. En 1601 fué recogido el *Espejo de caballerías*, por Diego Ortúñez de Calahorra, natural de Nájera; en 1602, la *Historia de Bernardo del Carpio*; en 1604, obras de Ovidio y Lucrecio; en 1605, nada menos que la *Historia general de las Indias*, por López de Gómara, lo más castizo, y por fin, en 1608, «fué recogido y mandado á este santo

Oficio de la Inquisición de México un libro en cuarto, aforrado en pergamino, que dice en su carátula: El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, Dirigido al Duque de Béjar, Marqués de Gibralfar, Conde de Benalcazar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos, (Escudo) Año 1605. Con privilegio. En Madrid, por Juan de la Cuesta—que pareció al Comisario de la Veracruz y Oficiales Reales de la Real Aduana, ser romance que contiene materias profanas, fabulosas y fingidas.»

¿Qué tal? El *Quijote* sufrió la misma suerte que el *Espejo de caballerías*, el cual forma parte de las obras que le secaron el cerebro á don Quijote y figura en el donoso escrutinio hecho en la librería del Ingenioso hidalgo por el cura y el barbero; y fué calificada de obra fabulosa la que sangra realidad del principio al fin...

No incurramos, sin embargo, en la vulgaridad de escandalizarnos excesivamente. Todo lo acaecido en las sociedades que pasaron, tendría la más natural explicación si conociésemos á fondo, en su complejidad y entretreimiento de influencias y causas, á esa misma sociedad. Ni el individuo ni los pueblos suelen aparecer procediendo muy arbitrariamente, cuando se llega á lo hondo, al subsuelo de su psicología y su dinámica. Cierto que la Inquisición no se había fundado, ni en España ni en ninguna de las naciones que la tuvieron, para decomisar libros de la índole del *Quijote*. A la misma hora en que lo decomisaba la Aduana de la Veracruz, algún Inquisidor español leería quizás con deleite la regocijada y triste obra maestra del *Manco*. El *Quijote*, en la Península, fué muy bien acogido y leído desde su publicación... aunque no viesen en él las gentes lo excepcional que vemos ahora.

La última interesante revelación del precioso manuscrito es una nota de vida tan antigua como moderna. Suponed á un novelista insigne, que cruza el Atlántico y se aleja para siempre del suelo natal, dirigiéndose á ejercer un prosaico empleo. Al partir hacia lejanas tierras, este novelista se lleva consigo una novela de recientísima publicación, de la cual se habla entre literatos, y que le hará compañía á tantas leguas de su país, pues representa la actualidad literaria. Suponed que, al desembarcar, pretendan quitarle la novela, y considerad las recomendaciones que buscará para conservarla en su poder. Pues es el caso de Mateo Alemán, autor de *Aventuras y Vida de Guzmán de Alfarache*, *Atalaya de la vida humana*, que, con *Lazarillo de Hurtado de Mendoza*, pudieron ser los libros que sirvieron de modelo á Cervantes en alguna parte de su *Quijote* y en varias de sus *Novelas ejemplares*. Mateo Alemán no era trigo limpio: en España, ejerciendo su cargo de Contador, cogieronle en no sé qué descubiertos, en ciertas cuentas, por los cuales se le formó causa, y hubo de quedar desempleado; mediarían, así ha solido ocurrir en todo tiempo, recomendaciones, y el acusado fué enviado á Nueva España con análogo destino. Era ya viejo; iba á dejar sus huesos allí, y se llevaba, con estima infinita, la reciente novela del que había de eclipsarles á todos. No podía resignarse á soltar su *Quijote*, y dice el manuscrito: «se volvió el libro por súplica de S. Illma. d. fr. García Guerra, á su dueño Mateo Alemán, Contador y Criado de Su Magestad.»

Este lindo detalle de historia literaria tiene además la ventaja de esclarecer completamente un punto que—en 1876, al publicarse en la colección Rivadeneyra *El Picaro*—se declara dudoso, á pesar del testimonio de Nicolás Antonio: el paso de Mateo Alemán á Nueva España.

Claro es que á pesar de decomisos y prohibiciones, el *Quijote* se paseó á su talante por México. El mismo libro de González Obregón nos cuenta la divertida historia de cómo el virrey le *pisó*, diríamos ahora familiarmente, su ejemplar á un Oidor de la Real Audiencia.

Sin dejar de la mano este libro, *México viejo*, vamos evocando la visión de la vida colonial, allá en los siglos de nuestra dominación pacífica; el período de los poderosos virreyes. Vemos al conde de Revillagigedo, de honrosa memoria, disponerse á tomar su chocolate en bandeja de plata, antes de que el barbero le empolve la peluca y le trencé la coleta. Respecto á la bandeja ó más bien salvilla en que al virrey le presentan el oloroso soconusco, puedo forjarle la ilusión de que es la misma en que ahora me lo sirven á mí, guarnecido de bizcochadas y mantecadas. Porque poseo una gran salvilla cuya procedencia mexicana es indubitable. La sostienen elegantemente cabezas, mejor dicho, pequeñas cariatídes de indios, expresando perfectamente el tipo de la raza, y en su ancha superficie ostenta las marcas del

platero: una representa las columnas de los pesos columnarios ó mexicanos, y entre ellas la cabecita de Carlos II; otra figura un ídolo, un dios de la mitología indígena. No veo, pues, dificultad en que, dado el rodar de los objetos en traslaciones, ventas y compras, la salvilla que describo sea la misma en que á D. Francisco de Güemes y Horcasitas, cuartagésimo primero de los virreyes de México, que tomó posesión de su cargo el mismo día en que expiraba en España Felipe V, le ofrecían el tazón chinisco, rebosando de hirviente chocolate, que provocaba la verbosidad de D. Ermeguncio.

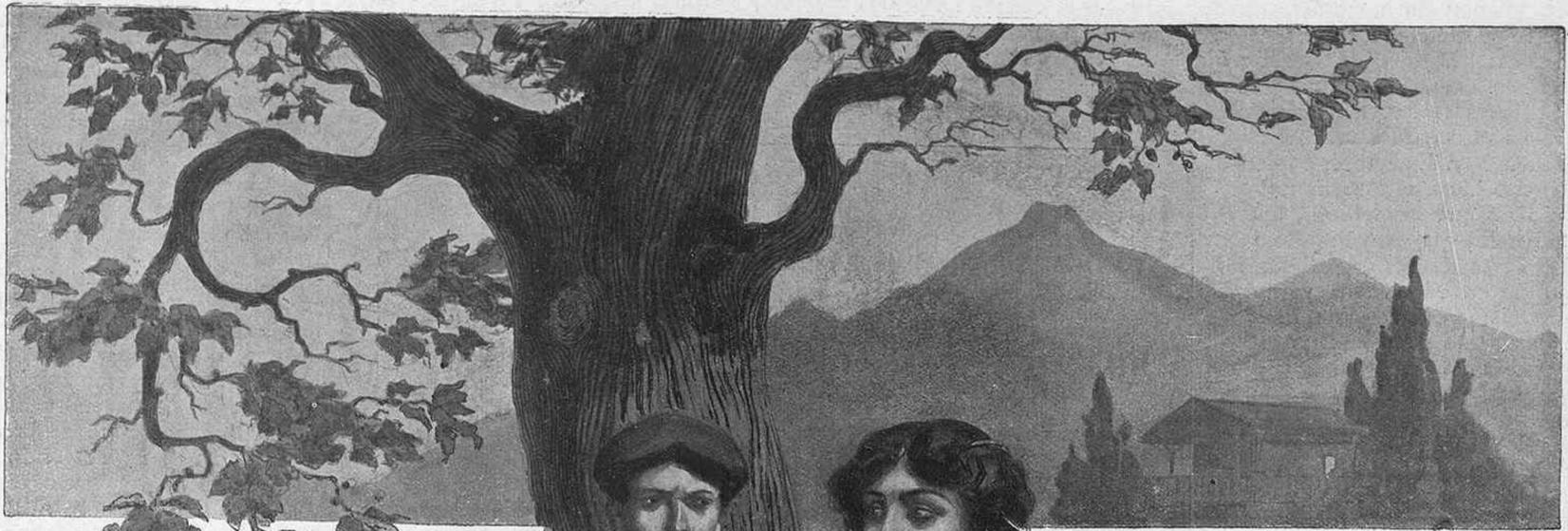
D. Francisco de Güemes, cuyo retrato he visto mil veces en la escalera del palacio de Revillagigedo en Gijón, hizo cuanto pudo para levantar de su prostración á la Nueva España. La decadencia de los últimos años del reinado de Carlos II había llegado allí, si bien con el retraso natural, y aquello estaba perdido. El virrey trabajó bastante en arreglarlo. Como todos los gobernantes que han de mirar por su gobierno, Revillagigedo madrugaba y se disponía y aseaba muy temprano. La anécdota que refiere González Obregón nos le pinta haciéndose rasurar, desde el día en que tomó posesión del cargo, á las siete en punto. Mientras el Fíguro preparaba sus navajas, el conde leía las quejas y solicitudes depositadas la víspera en su buzón, que no serían pocas. Si el virrey era un buen virrey, el barbero era, en su género, una perla única. Como que respetaba el atrevido leer del señor, y le afeitaba en silencio, lo cual tiene algo de milagroso é increíble, dada la reputación de verbosidad de estos oficiales. Así es que, cuando Revillagigedo hubo de traspasar el virreinato á su sucesor, el marqués de las Amarillas, sintió cierta melancolía al despedirse de su barbero, y le ofreció la recompensa que pidiese. El rapabarbas solicitó hablar á su talante y capricho los seis últimos días de afeitadura—una semana de desahogo—y pedir una gracia por día. Y tales y de tal calibre las pidió, que probablemente el conde se arrepentiría de haber consentido, al cabo de los años, que un barbero se despachase á su gusto.

Echaríamos de menos los tiempos apacibles—no tan apacibles, sin embargo, como al pronto se creyera—de aquel excelente virrey, si no nos hiciese apreciar los nuestros la entretenida excursión al través de las edades, sobre los modos de viajar, desde el palanquín al automóvil, en el mismo libro.

El primer medio de transporte en aquellas regiones fué el palanquín y las andas. En andas iban—lo mismo que van aquí las imágenes—los ídolos y los emperadores aztecas, y aun los caciques y señores antes y durante la conquista. Los demás mortales, sobre sus pies ágiles y sus piernas musculosas, con la ayuda de un largo palo ó báculo. Cuando llegaron los conquistadores, asombraron sus caballos y yeguas, cual si fuesen seres sobrenaturales, el mito de los centauros realizado. Existía, sin embargo, un original sistema indígena que los dominadores hubieron de probar también: la hamaquilla de redes. En una red y cargados á las espaldas, los transportaban los indios como se transporta un fardo. Ello no sería muy regalado, pero parece que era rapidísimo—no tanto como el tren, todo es relativo en este mundo.—Como que los trasladados así iban pensando si lo que les pasaba era sueño ó encantamiento. A verse don Quijote metido en la hamaquilla, no dejara de atribuir á sus malignos encantadores la travesura.

Un mozo que después fué lego franciscano, tuvo la idea del transporte en carretas de bueyes. Se puede contar entre los bienhechores y hombres útiles á la humanidad á fray Sebastián de Aparicio. Estas carretas, sin embargo, acabaron por convertirse, ni más ni menos que los actuales automóviles en las novelas de Conan Doyle, en instrumentos de rapto y robo.

Vinieron luego los coches, las carrozas, las sillas de manos y literas, sus elegancias artísticas en pinturas y forros, sin hablar de las poderosas mulas, de reposado y continuo andar. Sin embargo, lo de las comunicaciones seguía siendo un tanto dificultoso. Verdad que cuanto nos refiere Obregón por sucedido en México, puede aplicarse á España, donde también, antes de emprender un viaje, hasta principios del siglo XIX, se hacía testamento, se cumplía con la Iglesia, se ofrecían velas á las Vírgenes, se empleaban treinta y un días para ir de Santiago á Madrid, y gracias si no aparecían por el camino los *compadres*, ó sea los salteadores y facinerosos, capaces, no diré de cortar un dedo para sacar una sortija, sino de cosas harto peores, que Goya dejó pintadas con el atroz realismo que le caracteriza... Porque en todos estos relatos mexicanos parecemos vernos á nosotros mismos... y no es espejismo engañoso, sino efectiva semejanza fraternal.



EL JURAMENTO FATAL

Era en el pueblecito vasco de Agoguez, en donde las muchachas, delgadas y tocadas de negro, se deslizan silenciosamente en las callejuelas inundadas por el sol, y al atardecer, á la hora del crepúsculo, parecen confundirse con las sombras que descienden de la montaña. Aquella tarde estival Rebeca había salido de casa de su madre para ir á reunirse con su prometido Antonio, que el día antes habíale entregado la sortija de boda, y de quien sería esposa dentro de un mes; así, por lo menos, lo había dispuesto Vicente, hermano mayor de Rebeca, que desde la muerte de su padre ejercía la autoridad en la familia, y á quien obedecían sus otros seis hermanos y hasta la anciana madre de blancos cabellos que veía en él reproducidas las facciones y los rasgos del respetado jefe. Pero Rebeca tenía un alma altiva que no se doblegaba á las docilidades tradicionales, y sólo con los labios había asentido á la voluntad de Vicente. Ahora corría á juntarse con Antonio como si realmente estuviese enamorada, sabiendo que él la esperaba á la entrada del pueblo, bajo una encina secular, en donde había un banco casi tan viejo como el árbol.

Allí estaba, en efecto, Antonio, inmóvil, ceñida la cintura por la encarnada faja y con la boina azul inclinada casi hasta las cejas, viéndola venir desde lejos. Mucho tiempo hacía que la amaba; los dos eran aproximadamente de la misma edad, que se acercaba á los veinte años, y desde que juntos hicieron su primera comunión en la iglesia del retablo dorado, habíala elegido en su corazón como la mujer en quien un día pondría todo su cariño. Tembloroso había pedido á Vicente la mano de Rebeca, y eso que se consideraba digno de ella é igual suyo, puesto que en su raza siempre se habían efectuado los casamientos entre los miembros de la misma, y que todo vasco, aun siendo simple pescador de sardinas, entiende valer tanto como cualquier otro, siquiera sea marqués ó millonario. Además Rebeca no era rica, sino que se ganaba la vida trabajando al lado de su madre, la cual le había enseñado á bordar las chaquetas con que se adornaban las muchachas en los días de fiesta; pero, en cambio, era regiamente hermosa, y aquella hermosura soberana, aun en aquella comarca en donde todas las mujeres eran bellas, la marcaba con un sello especial, sello temible al par que sagrado. Vicente había aceptado sin vacilar la proposición de Antonio, dándole entrada en su casa, y reunido luego á los vecinos y amigos para comunicarles la fausta nueva. Y amigos y vecinos habían llevado ramos de brezo y manojos de esas pálidas flores de hiniesta que crecen en las torrenteras y cuyo aroma se difunde como una llama apenas sus cálices se abren al beso del sol.

Cuando Rebeca estuvo al lado de Antonio y ambos se hubieron sentado en el banco de piedra envueltos en la sombra que proyectaba el follaje de la misma, hubo unos momentos de silencio: él no osaba levantar los ojos, consciente de que aquel era el instante de sus verdaderos esponsales y de que en aquellos



Preferiría que me pidieses la vida

minutos de coloquio íntimo iban á poner al unísono sus corazones, y esperaba á que Rebeca fuera la primera en hablar; pero ella permanecía callada y parecía presa de viva emoción. Al fin con voz apagada dijo:

—¿Me amas, Antonio? ¿Me amas de verdad?

—¿Que si te amo? ¿Y lo dudas? Después de mis padres eres tú el ser á quien más quiero en el mundo; y aun si hubiera de escoger entre ellos y tú, creo que mi pasión podría más que mi deber. Mi corazón va hacia ti como hacia el sol la planta.

—Siendo así, ¿me concederás todo cuanto te pida?

—Si todo, todo cuanto dependa de mi voluntad; si me pidieras que pasara por entre unas llamas, á ellas me arrojaría sin vacilar un momento.

—Pues bien, Antonio, dijo Rebeca lentamente, he aquí el sacrificio que de ti exigió: que renuncies á casarte conmigo.

Antonio se incorporó de un brinco.

—¿Renunciar á ti, Rebeca! ¿Sabes lo que dices?

¿Cuando tu hermano Vicente acaba de concederme tu mano, cuando tú misma has consentido que ciñera tu dedo con el anillo nupcial?... ¿Qué locura te acomete? Esto lo dices para probarme. ¡Mírame bien, Rebeca, y contéstame en seguida!

Pero Rebeca se mantenía silenciosa. Sentada en el banco de piedra, tenía las manos apoyadas sobre las rodillas, y erguida la cabeza, perdida la mirada, permanecía impasible.

—¡Contéstame, contéstame!, exclamó Antonio haciendo un ademán de impaciencia. ¿Para decirme esto has venido? Te esperaba con el corazón alegre y el camino por donde tú venías parecíame inundado de luz. ¡Y tu primera palabra ha sido para sumirme en la desesperación! ¡Oh, Rebeca, nunca creí que fueses tan cruel!

—No soy cruel, repuso la joven pausadamente; sufro haciéndote sufrir, pero es preciso. Yo no puedo ser tu esposa, Antonio; y aunque el cura bendijese nuestra unión, yo nunca podría ser tuya.

—Pero ¿por qué?, ¿por qué?, preguntó Antonio desesperadamente.

—El porqué te lo diré más tarde, cuando me hayas obedecido.

Antonio bajó la cabeza; la voz de Rebeca era tan firme, su actitud tan segura, que él, á pesar suyo, se sintió desfallecer. Por otra parte tenía confianza en ella y sabía que ella no mentía.

—¿Has avisado á tu hermano?, preguntó al fin.

—No; no me comprendería y me tendría por loca ó por rebelde. Tú eres quien has de decirselo, y aun le darás á entender que has cambiado de idea, que no quieres... De este modo no podrá obligarme. Y como si nada hubiese pasado entre los dos.

—¡Oh, esto es demasiado! ¡Quieres obligarme á que retire mi palabra! No

te contentas con destrozarme el corazón, sino que además exiges de mí que aparezca envilecido. ¡Pues bien, Rebeca, eso no lo hago!

Hablaba jadeante y su sombra temblaba en el espacio iluminado por la luna.

—Está bien, murmuró Rebeca. Veo que no me amas; el amor ha de llegar hasta el sacrificio.

Diciendo esto, habíase levantado y hundía su mirada en el fondo de los ojos del muchacho, que se estremeció; aquella mirada le daba vértigo, y en ella descubría una voluntad que dominaba la suya, un poder secreto al cual no podía substraerse.

—Haré lo que me ordenas, balbuceó al fin; pero preferiría que me pidieses la vida.

Antonio fué á reunirse con Vicente en la cervercería en donde se juntaban todos los domingos después de misa mayor; el corazón le latía con violencia, pero su resolución era firme. Más que á Rebeca, obedecía á su propio destino: el sueño que acariciara era demasiado hermoso; aquella á quien amaba, jamás sería suya, y él con sus propias manos iba á destruir la dicha que había creído poseer.

—De manera, dijo Vicente cuando Antonio hubo acabado de hablar, que ahora te niegas á casarte con mi hermana.

—Sí.

—¿Sabes que con ello me inferes un insulto grave, del que te pediré cuenta?

—¡No importa! Estoy dispuesto á reñir contigo. ¿Quieres que sea ahora, mientras está excitada tu cólera, ó prefieres esperar á mañana para estar más seguro de ti mismo?

—Ha de ser hoy. Es menester que uno de los dos hiera al otro mortalmente á fin de que los vecinos, los amigos, todos los que han llevado á Rebeca las flores de los esponsales, sepan que ha corrido sangre y que toda reconciliación es imposible. Esta tarde, en el partido de pelota, yo te buscaré camorra y tú me retarás.

—Convenido, y quiera el cielo que sea yo quien sucumba.

La lucha había sido terrible; Vicente y Antonio habíanse batido como si fueran enemigos encarnizados, y en verdad el corazón de ambos rebosaba rabia: el uno sentíase ofendido en su orgullo de familia; el otro en su dignidad de hombre. En el corro que alrededor de ellos se había formado, Rebeca ocupaba la primera fila, y cuando Antonio, después de una acometida más fiera de su adversario, quedó tendido en tierra inerte y sin respirar, ella se arrojó sobre él y rodeó su cuerpo con sus brazos. Pero era demasiado tarde; Antonio había dejado de existir.

Entonces Rebeca, volviéndose á Vicente, le dijo:

—¿Por qué le has matado?

—Porque me retiró su palabra.

—¿Y era esta una razón para verte tan cruelmente? ¿Me has preguntado si yo le quería? Ni para prometerme á él ni para zanjar vuestra disputa me has consultado.

—¿Acaso contáis para algo las mujeres?, replicó Vicente encogiéndose de hombros.

Y dicho esto, se alejó mientras se llevaban el cadáver aún caliente de Antonio.

Rebeca fué al banco en donde la antevíspera había estado con su prometido, y sentándose en él lloró. Sobre su corazón pesaba un secreto terrible que aún no había comunicado á nadie. Si había exigido á Antonio tan inmenso sacrificio, si no le había dejado adivinar siquiera su amor, si se había mostrado con él indiferente y altiva, no había sido sin tener que hacerse á sí misma gran violencia. Pero ¿podía casarse con Antonio? Desde que habían crecido uno al lado del otro, un instinto secreto había advertido que un día él la solicitaría, y cuanto más ocupaba Antonio sus pensamientos, más sentía ella contra él una invencible desconfianza. Un día, tenían entonces diez y seis años, él había querido llevarla á una de esas fiestas rústicas en donde mozos y muchachas bailaban juntos al son de las panderetas; ella había accedido; pero muy pronto, sintiéndose cansada, habíase apartado de la reunión. Alguien, sin embargo, habíala seguido; un amigo de Antonio y de Vicente á quien ella conocía bien y que la perseguía con sus asiduidades. El tal amigo se le había acercado lenta y cautelosamente, y antes de que ella pudiera defenderse habíala besado repetidas veces en la nuca. Rebeca, á pesar de su inocencia, había comprendido que aquellos no eran verdaderos besos de amor, y en el acto sintió en su alma una cólera, no sólo contra el que la había ofendido, sino también contra todos los hombres, contra el mismo Antonio, que continuaba bailando allá abajo, á la sombra de los árboles, sin darse cuenta de lo que á ella le turbaba al alma. Y en cuanto pudo desprenderse, corrió al cementerio, y encaminándose á la tumba que le era más familiar que las otras, puesto que en ella descansaban sus antepasados y en ella había sido enterrado últimamente su padre, alzó los brazos, y ante la cruz de mármol adornada con una guirnalda de glicinas, juró no ser jamás de ningún hombre, creyendo de que así vengaría el insulto recibido.

Por esto se había negado á casarse con Antonio; aquel juramento hecho sobre una tumba era para ella más sagrado que todas las alegrías de la vida, más sagrado que su mismo deseo de felicidad. Pero

la muerte llama á la muerte, y Antonio iba, á su vez, á reposar bajo aquella hierba espesa.

Rebeca lloraba y su corazón se compadecía de la suerte de Antonio y de la suya propia, mientras los

ficios y organización competir pueden con los más acreditados centros de enseñanza de Europa.

No contento el Dr. González con haber dotado al país, comunicando su entusiasmo á sus connacionales y venciendo burocráticas apatías, cuando no manifiesta hostilidad, creyó hacer obra provechosa iniciando el intercambio intelectual entre los hombres pensadores del viejo continente y los aquí radicados; y persuadido de que la cátedra puede y debe ser apacible tribuna desde cuyas alturas baje serena y reposada la voz de la verdad, propuso, y su proposición fué acogida con aplauso y entusiasmo, invitar á que ocuparan aquella tribuna platense profesores europeos que gozaran de merecido renombre. Y muy amigo de España, haciendo honor á su apellido y á sus honrosas tradiciones de familia, se puso al habla con la progresista Universidad de Oviedo, logrando que aquel centro confiara al Sr. Altamira el elevado encargo de traer á esta joven República el verbo de la madre patria, y con él la prueba plena de que también hay quien hablando español sabe sentir hondo y pensar profundamente. El triunfo en la Argentina de Altamira es á la vez el triunfo del Dr. González y una página de gloria para la joven Universidad de La Plata. De hoy más, gracias al eximio literato riojano, merced á la progresista Universidad platense, la juventud argentina ha podido convenirse de que si hay en España oradores políticos que deslumbran con las brillanteces de su elocuencia; novelistas notables que merced á circunstancias de momento se truecan en disertadores de literatura, también hay hombres de ciencia, como Altamira, que con la calma propia de quien sólo va en pos de la verdad, suben á la tribuna docente para ilustrar á todos, así á los que apenas afirman sus pies en el camino de la vida, como á aquellos que por haberlo frecuentado largo tiempo levantaron el polvo que blanquea ya sus sienes.

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, agosto de 1909.

Completando el artículo de nuestro estimado corresponsal literario señor Monner Sans, publicamos á continuación los siguientes datos, que debemos á la amabilidad del ilustrado cónsul de la República Argentina en Barcelona Sr. Gache, á quien damos las más expresivas gracias por su atención.

La Universidad Nacional de La Plata (República Argentina) es una creación original, si se la compara con la general ordenación de las Universidades del mismo país, y las análogas de tipo francés, español, italiano, suizo, etc. Ha sido fundada en 1907, en cumplimiento de una ley del año anterior, que tuvo en cuenta la existencia, en la novísima ciudad argentina, de institutos científicos que languideaban, próximos á extinguirse por el abandono del gobierno provincial de Buenos Aires, que los había fundado. Forman así parte de la Universidad un Observatorio Astronómico, que recientemente ha completado y enriquecido su material con los instrumentos de mayor perfección, el cual Observatorio es centro de una Escuela de Ciencias físicas y matemáticas; un Museo de historia natural y arqueología americana, que es centro de estudios prehistóricos y de ciencias naturales, y una Facultad de Agricultura y Veterinaria para los estudios superiores de estas materias, la que á su vez tiene como dependencia la Escuela Agrícola de Santa Catalina, con una tierra de más de 800 hectáreas de cultivos y bosques. No hay Facultad de Medicina, que no habría sido conveniente crear otra tan próxima á la ya existente en la ciudad de Buenos Aires. En lugar de la Facultad de Derecho, existe una de Ciencias Jurídicas y Sociales, que comprende aquella y además una Sección de Pedagogía y otra de Filosofía, Historia y Letras. En esta última Sección el profesor D. Rafael Altamira ha fundado el curso de Historia, por especial encargo de la Universidad. Las Facultades é Institutos están organizados bajo el principio allí llamado de *correlación* de estudios. Advertida la unidad de la ciencia y particularizados los estudios por indispensable división del trabajo, aquellas cátedras, que son propias de un orden de estudios y complementarias de otro, sirven á la vez á estudiantes de diversas carreras.

La Universidad está presidida por el Dr. D. Joaquín V. González, quien como ministro de Instrucción Pública fué iniciador y fundador de la Universidad, y abandonado luego el Ministerio, ha sido su primer rector, con el título de presidente de la Universidad, que le da la ley.



Los príncipes Leopoldo y Alberto de Baviera, retratos pintados por F. A. Kaulbach

mozos y las muchachas del pueblo, olvidados ya del penoso incidente de la tarde, se reunían en la playa y cantaban y reían juntos, porque así lo quería el eterno Amor.

JUAN BERTHEROV.

(Dibujo de Parys.)

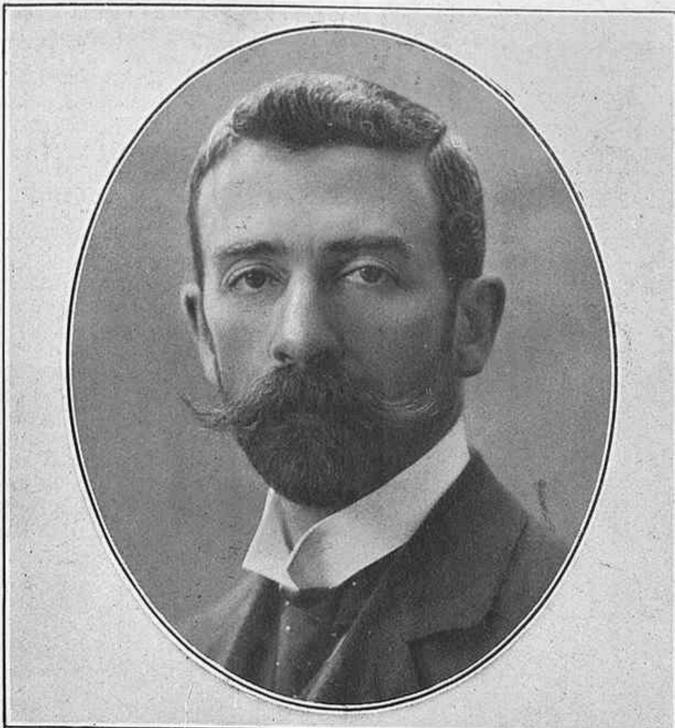
LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

DR. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ. — D. RAFAEL ALTAMIRA

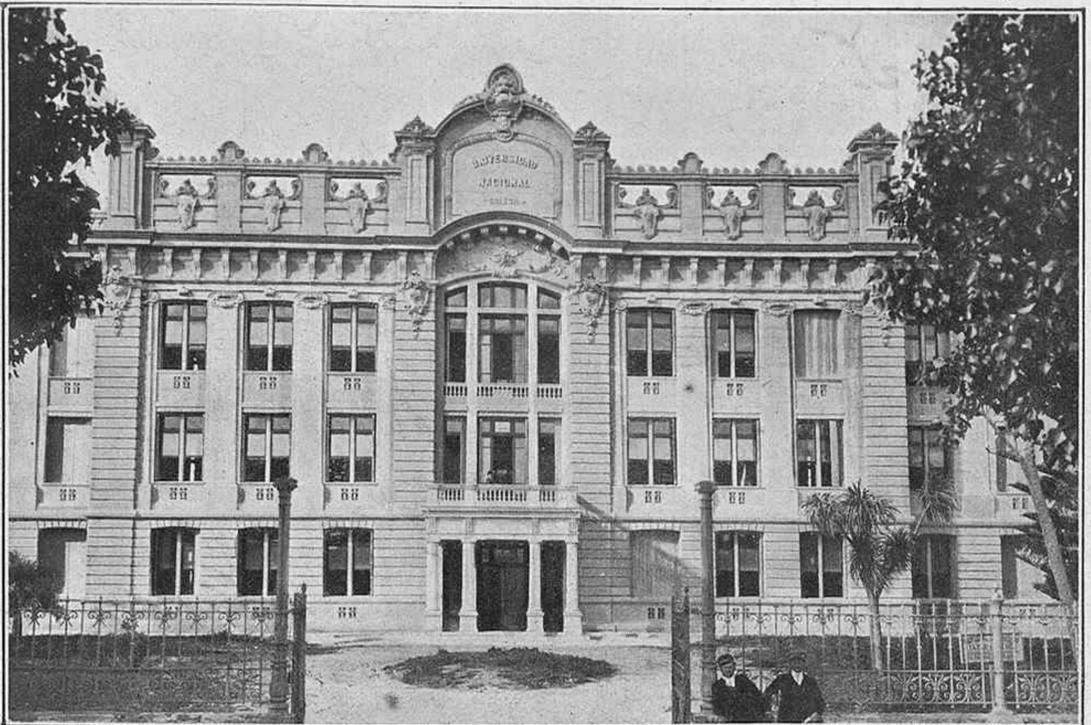
La llegada á estas tierras, en cumplimiento de una misión científica, del erudito catedrático de la Universidad de Oviedo D. Rafael Altamira ha atraído de nuevo la mirada hacia el Oxford argentino y su ilustre fundador de cuantos creen que más briosa se muestra la vida nacional de un pueblo cuanto más se eleva su cultura.

Al infatigable celo, á la perseverancia poco común, á los indiscutibles talentos del Dr. D. Joaquín V. González, en cuyo cerebro se adunan las dotes del político con las galas del orador y los positivos méritos del literato, se debe la creación de la Universidad de La Plata, el establecimiento docente de mayor importancia de la América del Sud, y cuyos edi-

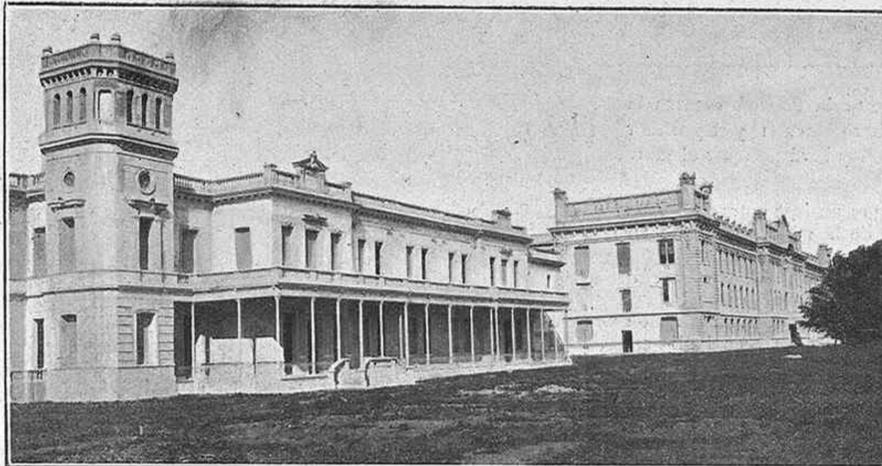
REPÚBLICA ARGENTINA. LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA



Dr. D. Joaquín V. González, Presidente de la Universidad



Edificio principal de la Universidad. Cuerpo central



Internado n.º 1 y edificio principal



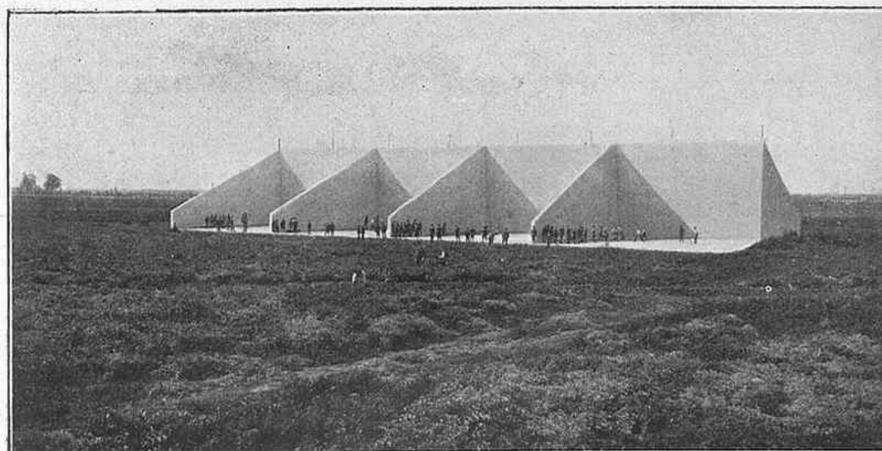
Internado n.º 2



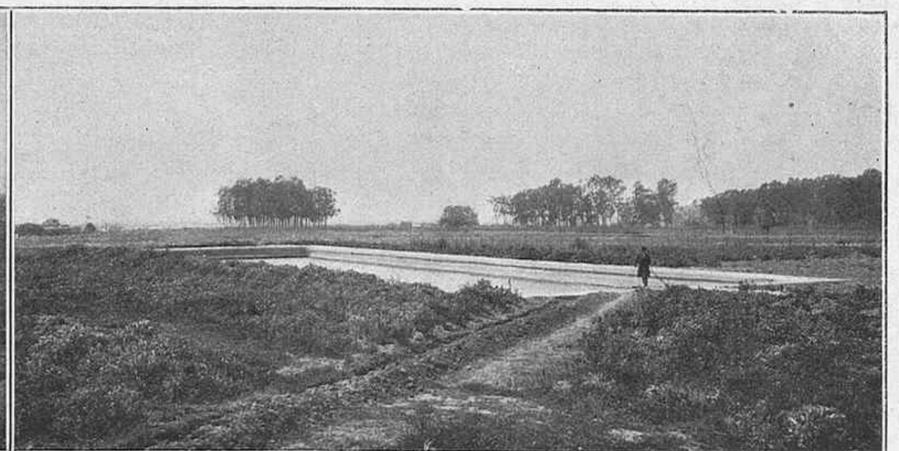
Pabellón de Gimnasia



Pabellón de Física y Química



Canchas para el juego de pelota



Pila para natación

LA DONCELLA DE ANZIO

Hace pocos días, en la hermosa *villa* Sarzini, que los herederos del príncipe Pedro Aldobrandini poseen en Anzio (Italia), efectuóse el acto solemne de adquirir el Estado italiano, por la cantidad de 450.000 liras, esa obra maestra del arte griego antiguo, atribuída á Lisipo y á la que se ha denominado sucesivamente la *Sacerdotisa*, la *Estudiante* y la *Doncella*, nombre este último que es el que actualmente lleva como definitivo.

Los seis herederos de Pedro Aldobrandini estaban representados por el príncipe Chigi y el gobierno italiano por el señor Rava, ministro de Instrucción Pública, habiendo asistido además á la ceremonia el director de Bellas Artes comendador Ricci, el ministro de la Guerra general Spingardi, el director del Museo Nacional Sr. Bardelli, varios funcionarios del ministerio de Instrucción Pública y algunos periodistas.



Lugar en donde fué descubierta la famosa estatua la *Doncella* de Anzio. El ministro Rava (1) y el profesor Ricci examinando el sitio, hoy invadido por el mar.



La estatua, vista de frente



La estatua, vista por detrás

pocos días después fué visitada por un inspector de Bellas Artes y trasladada al vestibulo de la *villa*, en donde ha permanecido hasta el día de su conducción á Roma.

No tardaron en hacerse á los propietarios de la *Doncella* las más tentadoras proposiciones de compra, entre las cuales aquéllos aceptaron en principio la de un norteamericano que ofreció por la estatua 600.000 liras. Mas como en Italia existe una ley, que se cumple rigurosamente, relativa á la exportación de obras de arte al extranjero, instruyóse el oportuno expediente que, siguiendo los trámites reglamentarios, llegó á la firma del celebrado escultor Luis Bistolfi, quien, en calidad de inspector especialmente designado por la Dirección de las Exportaciones de Objetos de Arte, hubo de examinar la estatua y de autorizar su venta. En su informe el notable artista, después de describir de un modo magistral y en términos entusiastas la maravillosa joya, manifestaba al director que se había negado á dar el permiso para la exportación, permiso que no concedería hasta que el ministerio de Instrucción Pública, luego de enterado de la existencia de la escultura, autorizase su venta al extranjero.

Gracias á este informe de Bistolfi, la *Doncella* de Anzio no ha salido de Italia, pues el director de Bellas Artes, interesado en conservar para su patria aquel tesoro artístico, emprendió una enérgica campaña hasta conseguir del gobierno un acuerdo por virtud del cual la estatua ha quedado de propiedad del Estado. El precio de 450.000 liras por ella satisfecho equivale á la cantidad de 600.000 que, como hemos dicho, se

Después de firmado el contrato de venta, que autorizó el notario Sr. Buttaoni, el príncipe Chigi obsequió á los invitados con un almuerzo, terminado el cual comenzaron los trabajos para el traslado de la estatua, que al día siguiente fué transportada, en un carro custodiado por dos gendarmes, á Roma é instalada en el Museo de las Termas de aquella capital.

El hallazgo de la famosa estatua fué debido á la casualidad. En una noche del mes de diciembre de 1878, una violenta tempestad desencadenada en la costa de Anzio derribó un muro de la antigua *villa* de Nerón; al día siguiente, unos pescadores descubrieron detrás de la pared derribada, en un nicho y de pie sobre su pedestal, aquella preciosa escultura, que

había ofrecido, deducidas 150.000 que habría percibido como impuesto el gobierno en el caso de que la *Doncella* de Anzio hubiese sido exportada al extranjero. — C.

(Fotografías de C. Abeniacar.)

DIANA, DIOSA DEL MAR,

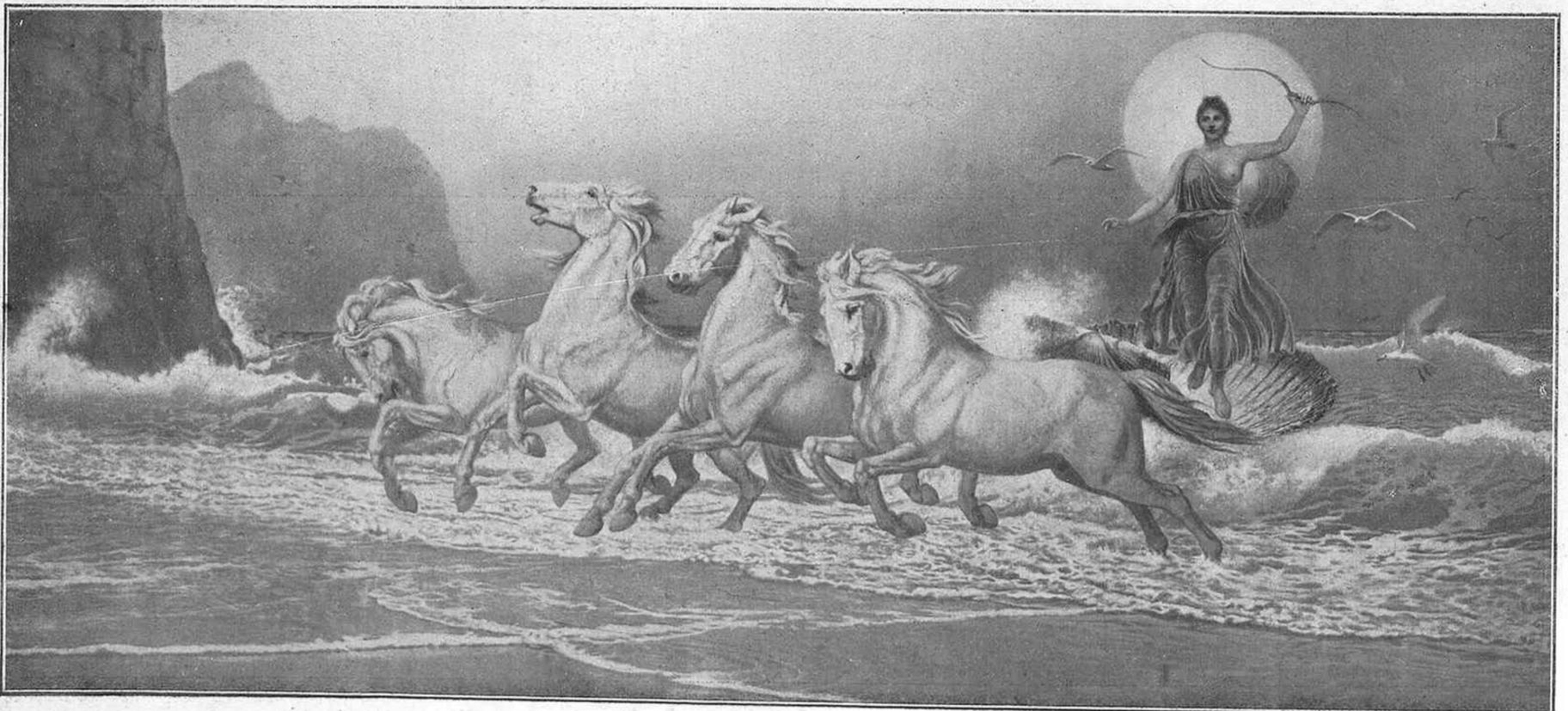
CUADRO DE JUAN ELLIOT

El notable pintor norteamericano Juan Elliot, que hace tiempo reside en Roma, ha expuesto recientemente en su taller el cuadro que adjunto reproducimos y que ha pintado por encargo del Museo Nacional de Washington. El artista ha representado á la diosa Diana en una concha arrastrada por cuatro caballos en el poético momento en que la salida de la luna determina la marea, y ha sabido imprimir en todo el lienzo de un modo

realmente magistral ese tono de luz misterioso del crepúsculo que forman los primeros resplandores del astro de la noche combinados con los últimos destellos del sol que se hunde en el ocaso.

Todo el lienzo está impregnado de un sentimiento de mística poesía; es un canto de los clásicos poemas mitológicos que resurge ante nuestra vista, una visión suave del mundo helénico, expresada en una forma tenuísima y vigorosa á un tiempo.

Mientras estuvo expuesto el cuadro, acudieron al taller de Elliot muchas y muy importantes personalidades, entre ellas la reina madre, que prodigaron al artista entusiastas felicitaciones.



Diana, diosa del mar, cuadro de Juan Elliot, destinado al Museo Nacional de Washington. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

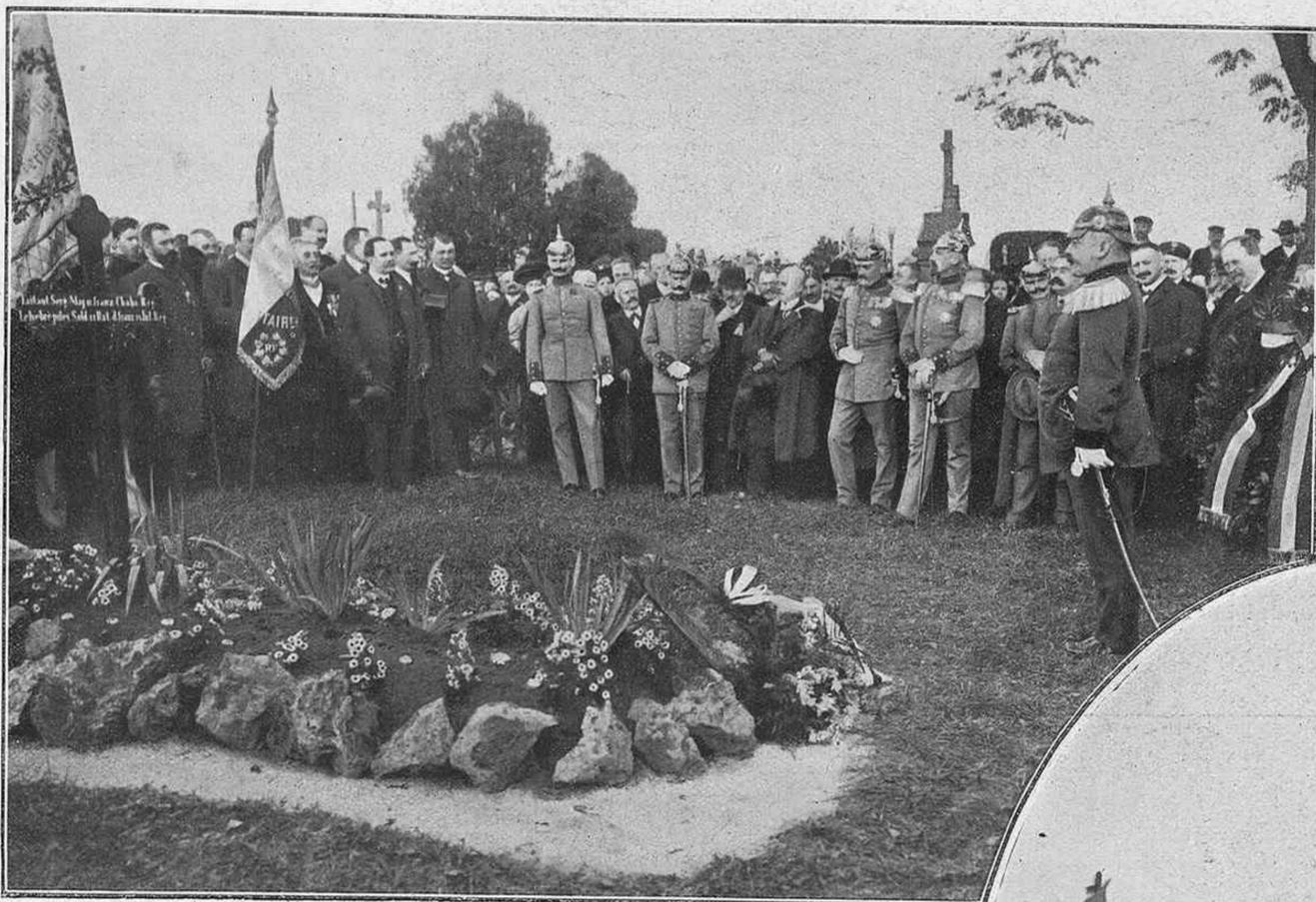
EN HONOR DE LOS SOLDADOS FRANCESES MUERTOS EN WISSEMBURG (4 de agosto de 1870.)

La batalla de Wissemburg fué la primera derrota que sufrieron las tropas francesas durante la guerra | el padre Wetterlé y el coronel Baude. Desde allí di- | rigióse la comitiva á los cementerios de Steinfeld y | cursos el diputado francés Sr. Adigard y un oficial alemán, ambos exaltando el valor y el patriotismo.

Al día siguiente efectuóse la solemne inauguración del monumento del Geisberg. Desde las primeras horas de la mañana treinta mil alsacianos invadieron Wissemburg; había allí aldeas enteras con sus estandartes y sus párrocos. Después de un oficio en la iglesia protestante, toda aquella masa de gente se encaminó á la colina en donde el monumento se alza. Varios oradores civiles y militares pronunciaron discursos dedicados á honrar la memoria de los héroes de Wissemburg.

Luego depositáronse innumerables coronas en el monumento, mientras las músicas tocaban la *Marsellesa*, y la multitud, que desfilaba por delante de aquél, prorumpía en delirantes aclamaciones.—D.

(Fotografías de M. Bran ger.)



Jefe del ejército alemán pronunciando un discurso ante la tumba de los soldados muertos en Wissemburg



franco prusiana. La división Douay batióse heroicamente en aquella jornada, pero los 6.000 hombres que la componían no pudieron resistir el empuje de sus 80.000 adversarios y hubieron de retirarse, después de haber causado grandes bajas en el enemigo, teniendo también ellos numerosas pérdidas, entre las cuales figuraba aquel general, que cayó muerto mientras daba órdenes á su artillería.

Para honrar la memoria de los franceses que sucumbieron en aquella batalla, abrióse en Alsacia una subscripción, con cuyo producto y con permiso del gobierno alemán se ha erigido en la colina del Geisberg un monumento que se inauguró el día 17 de los corrientes.

El monumento, obra del escultor Schultze, consiste en una alta pirámide coronada por el gallo, que es uno de los emblemas nacionales de Francia, adornada con una hermosa figura de mujer en bronce, y en la cual se lee la inscripción *A los soldados franceses muertos por la patria*. Completaban el decorado del pedestal cuatro símbolos colocados en los ángulos del mismo, pero las autoridades alemanas obligaron á última hora al escultor á suprimirlas.

Las ceremonias efectuadas en Wissemburg duraron dos días.

En la mañana del 16 díjose en la iglesia católica una misa de difuntos, á la que asistieron el hijo del general Donay, varios veteranos sobrevivientes de aquella batalla, muchas damas de Estrassburgo y numerosos fieles. Terminado el servicio divino, el padre Meuley, capellán de los Inválidos y ex capellán del ejército de 1870, pronunció un sermón en francés en elogio del valor, sermón que parafraseó en alemán el padre Delsor, diputado en el Reichstag.

Después del oficio católico celebróse el oficio hebreo en la sinagoga, habiendo hecho una plática, primero en francés y luego en alemán, el rabino Koch.

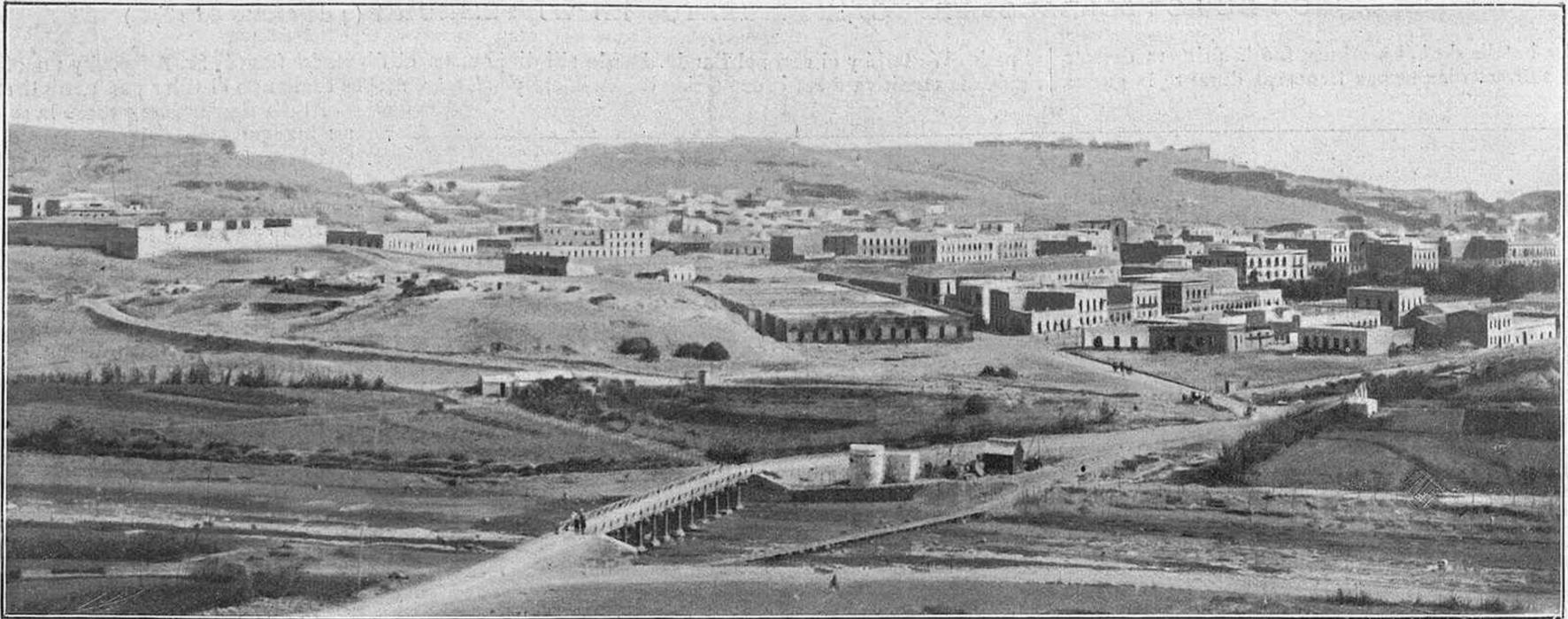
Concluidas las ceremonias religiosas, los concurrentes se encaminaron al cementerio en donde está enterrado el general Douay, ante cuya tumba usaron de la palabra el Sr. Gunzert, de Estrassburgo, presidente del comité,

de Schaidt, en donde están enterrados soldados franceses y turcos de los que formaban parte de la división Douay, siendo recibida por un comandante de la landwehr y por compañías de veteranos que con sus banderas habían acudido de todas partes de la región. En el acto de depositar coronas sobre las tumbas de aquellos héroes, pronunciaron sentidos dis-

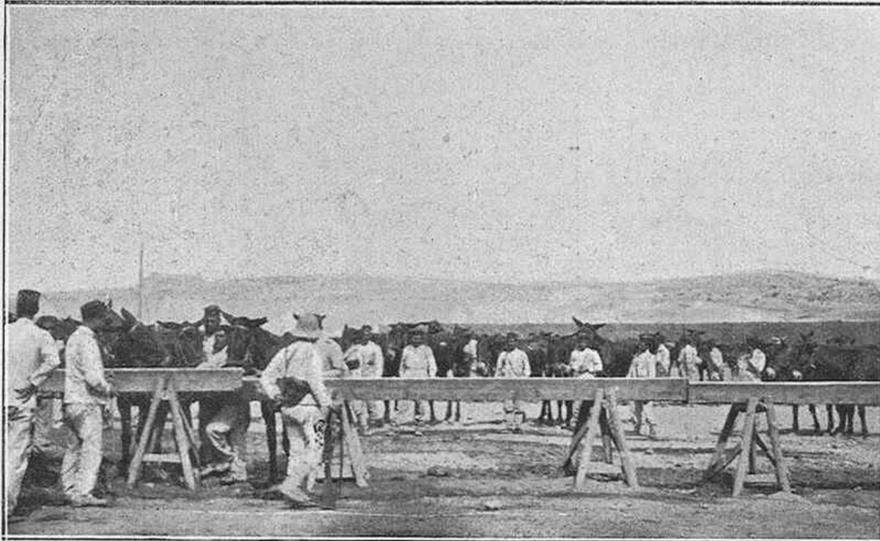


Monumento erigido á la memoria de los soldados franceses muertos en Wissemburg El diputado francés Sr. Adigard pronunciando un discurso ante la tumba de los soldados muertos en Wissemburg

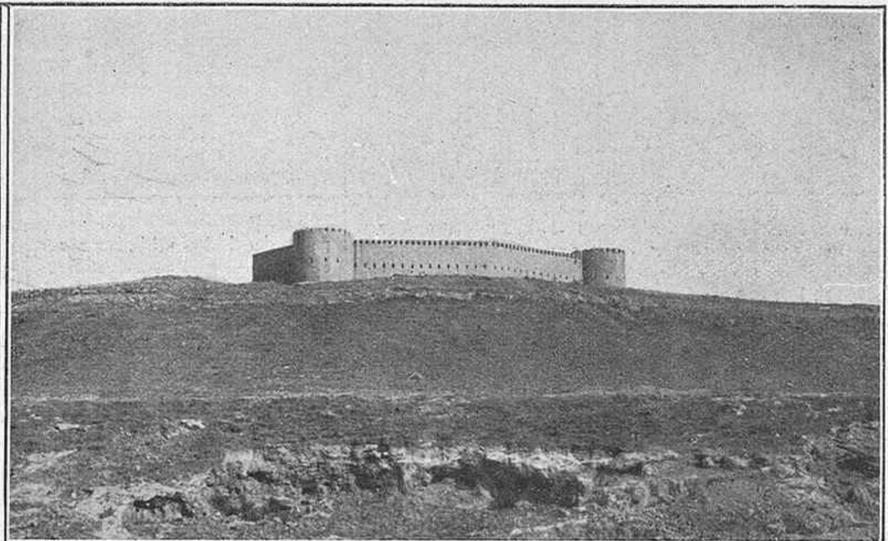
LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Vista de Río de Oro, del barrio del Polígono y de los fuertes de Horcas Coloradas y Cabrerizas Altas



Abrevadero en Benisicar

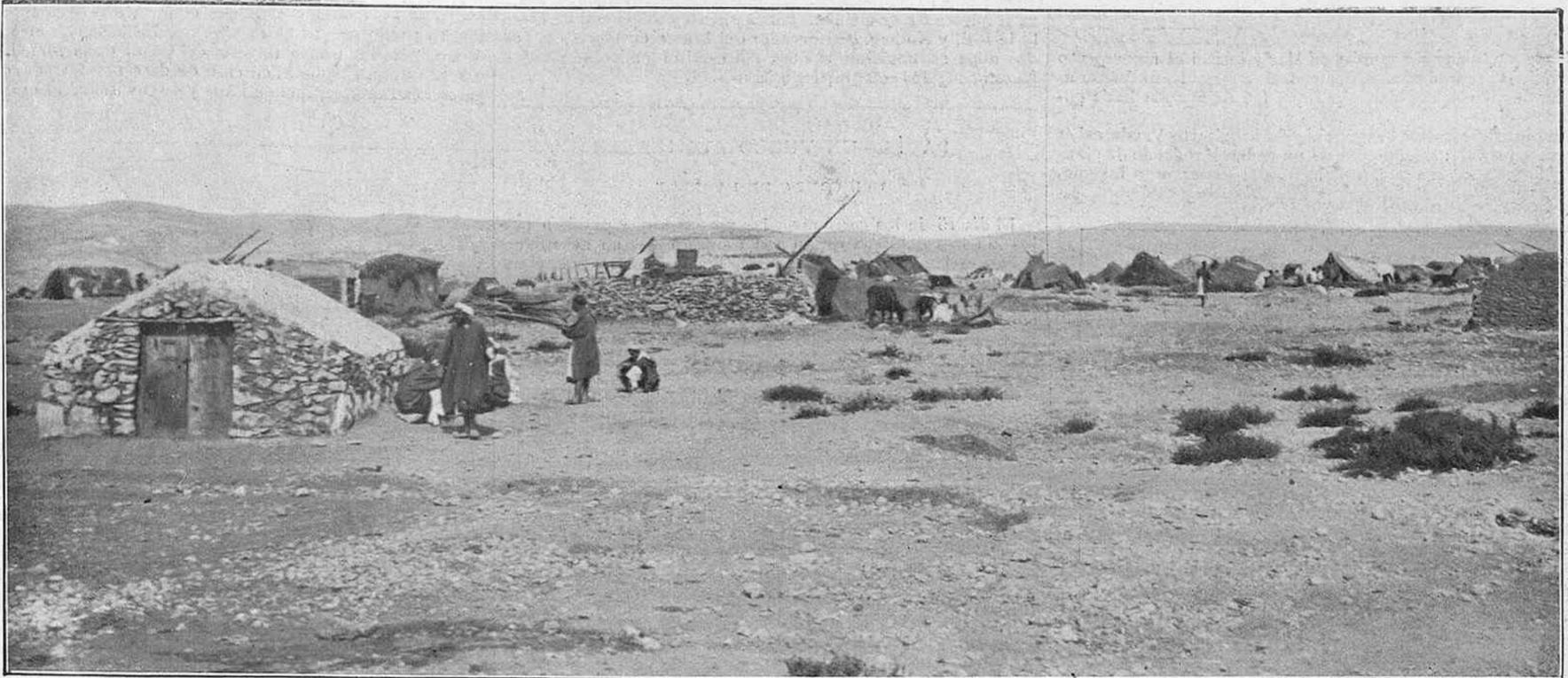


Fuerte de Horcas Coloradas

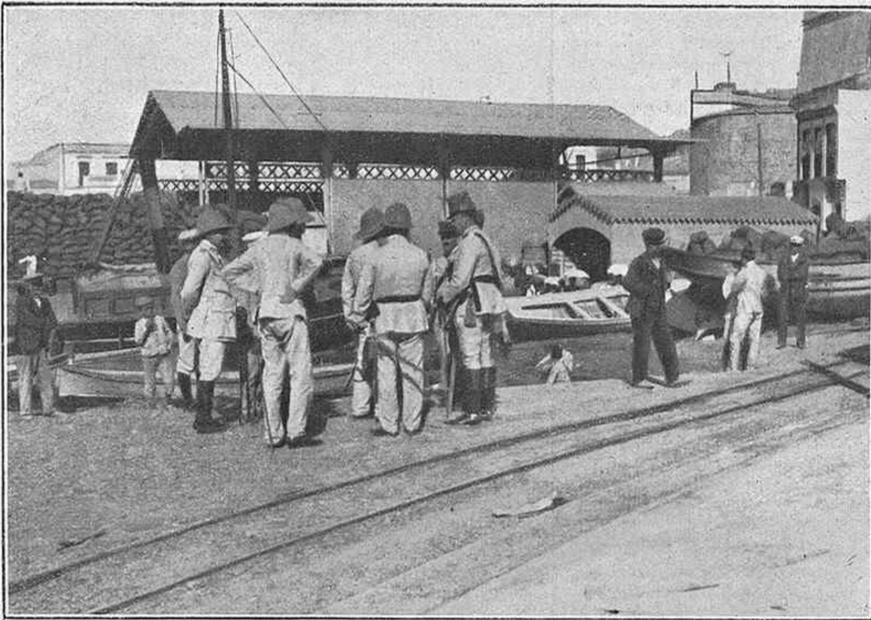


Grupo de soldados españoles y de moros amigos de España

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



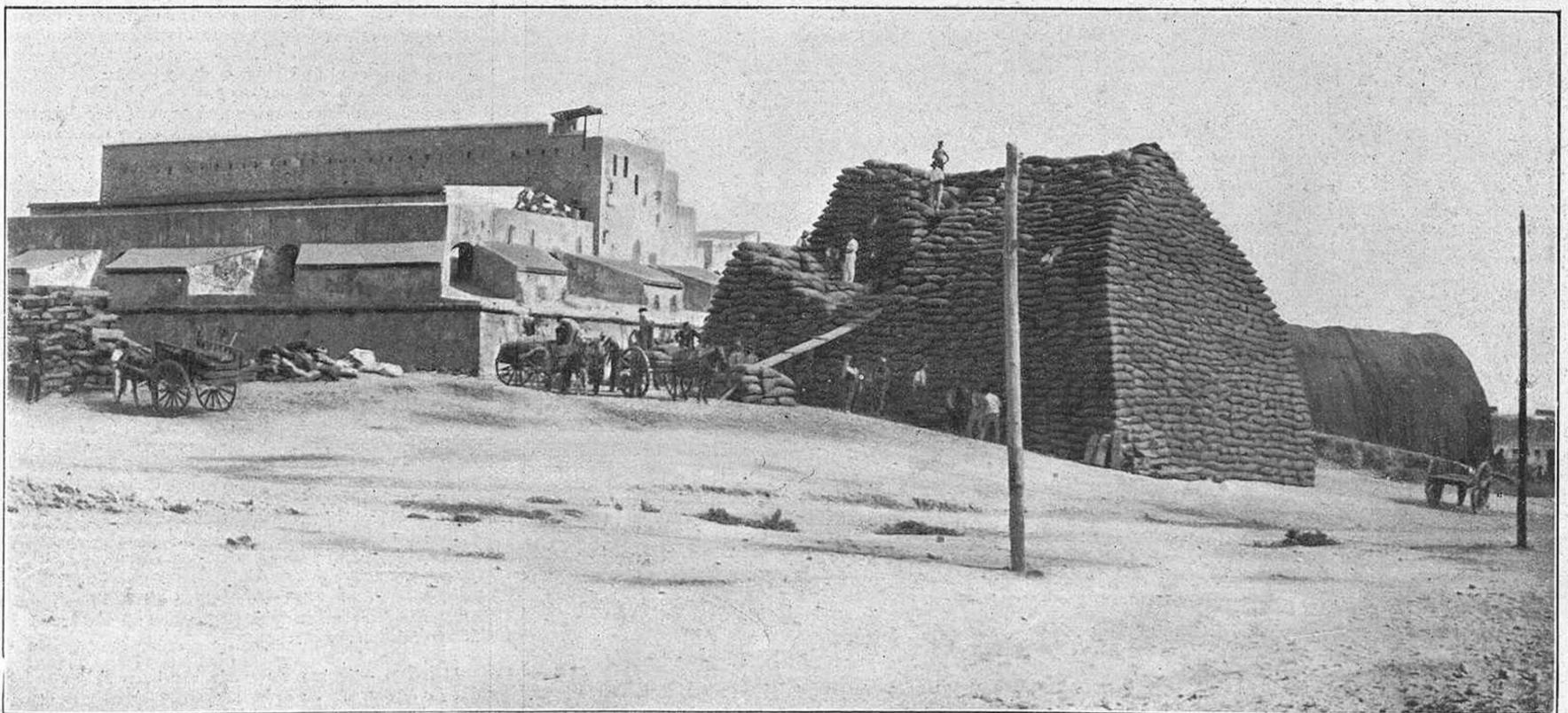
Vista del poblado moro de Frajana



El infante D. Carlos de Borbón y sus ayudantes en el muelle de Melilla



Moras sacando agua de un pozo para llevarla al campamento de los refugiados



Enormes montones de víveres acumulados en el muelle provisional de Melilla

MONUMENTO A SARDOU

Hace pocos días inauguróse en Marly-le-Roi el monumento que adjunto reproducimos, dedicado á la memoria de Victoria no Sardou, consejero municipal que fué de aquella linda población.

La obra del escultor Franceschi y del arquitecto Vaudescal es elegante y sobria: se compone de un pedestal rodeado de plantas y flores y coronado por el busto del dramaturgo insigne, de un parecido extraordinario y modelo de expresión.



Monumento á Sardou, recientemente inaugurado en Marly-le-Roy, obra de Franceschi (escultor) y Vaudescal (arquitecto). (De fotografía de M. Branger.)

La ceremonia de inauguración fué sencilla, íntima, por de cirlo así, pues el comité, constituido bajo los auspicios de la municipalidad, quiso que aquella solemnidad tuviese un carácter local; de aquí que no se circularan invitaciones, á pesar de lo cual fueron muchos los admiradores y amigos de fuera de Marly-le-Roi que acudieron á rendir homenaje á Sardou.

En una tribuna levantada enfrente del monumento estaban la familia de Sardou, el comité y gran número de literatos y artistas.

Pronunciaron discursos los Sres. Blumenthal, presidente del comité, alcalde de Marly-le-Roi, delegado del prefecto de

Sena y Oise; Rudelle, diputado por la circunscripción; Millet, ex residente de Francia en Túnez y consejero general de Marly-le-Roi, y Nolhac, conservador del Museo de Versailles. Todos ellos enaltecieron la obra del escritor eminente y todos fueron acogidos con grandes aplausos.

PARÍS. — UN VUELO ADMIRABLE

DEL CONDE DE LAMBERT

El día 18 de los corrientes, las personas que pasaban por los muelles del Sena vieron con asombro que un aeroplano volaba majestuosamente sobre la capital, pasando por encima del Panteón, del Luxemburgo y del Campo de Marte, y alejándose hasta perderse en el horizonte, después de haber dado la vuelta á la torre Eiffel.

Mientras los parisienses comentaban aquel extraño espectáculo, en el aeródromo de Port Aviation reinaba angustiosa incertidumbre.

El conde De Lambert se habia elevado á las cuatro y media para efectuar una de las pruebas del concurso, del que nos ocupamos en otro lugar de este número. El aviador describió un semicírculo á la altura de 60 metros, y elevándose cada vez más, dirigióse á las colinas que dominan el aeródromo y desapareció detrás de ellas. Transcurridos veinte minutos, cundió la alarma entre los espectadores, hasta el punto de que se envió un automóvil en la dirección seguida por el biplano para averiguar el paradero de éste. De pronto, y cuando mayor era la alarma, distinguióse en el aire y á la altura de unos 400 metros un punto negro, en el que no tardó en reconocerse el aparato, y un rato después De Lambert, describiendo dos círculos, descendía á pocos pasos de su cobertizo.

El aviador fué objeto de una ovación estruendosa, indescriptible; el público le aclamaba, le llevaba en triunfo, mientras las músicas tocaban la *Marsellesa* y el *Himno ruso*, uniendo así en un mismo homenaje el país en donde acababa de realizarse la gran hazaña y la nación de donde es hijo el que la habia llevado á cabo. Entre los que con más entusiasmo felicitaron á De Lambert estaba Orville Wright, cuya presencia en París nadie sabia, y de cuyo hermano Wilburg fué aquél el primer discípulo.

El héroe de la jornada pudo al fin substraerse á aquella manifestación, y subiendo á un automóvil en compañía de su colega norteamericano, dirigióse á París. Apenas llegado á su domicilio, recibía por teléfono la invitación de los ministros de la Guerra y de las Colonias para que asistiese al banquete de la locomoción aérea que se estaba celebrando en el hotel Continental. Allí fué De Lambert, y ocioso es decir que los comensales le tributaron una ovación entusiasta, á la que él correspondió con las siguientes palabras, que copiamos porque son la mejor explicación que podríamos dar de su vuelo prodigioso:

«Siéntome cohibido teniendo que hablar en público por ser esta la primera vez que lo hago. Me piden ustedes mis impresiones; las expondré brevemente. Si he podido realizar mi vuelo ha sido porque habia preparado perfectamente un aparato y porque este aparato me inspiraba absoluta confianza; además, el tiempo era favorable, de modo que todas las circunstancias eran propicias á la ejecución de una tentativa que desde hace mucho tiempo tenía yo proyectada y que ofrece menos dificultades que, en muchas ocasiones, la vuelta á una pista. He volado hacia París, teniendo como punto de mira la torre Eiffel. El regreso ha sido más difícil, porque no podía orientarme; he seguido el Sena hasta que he distinguido un gran depósito blanco que domina el aeródromo. Estaba entonces á unos 600 metros de altura y he tenido que describir dos grandes círculos para descender fácilmente. Pero créanme ustedes, el recibimiento que me han hecho es desproporcionado al vuelo que he realizado.»

A pesar de estas modestas manifestaciones, todo el mundo conviene en que la proeza por él llevada á cabo supera en mucho á todo cuanto hasta ahora se habia hecho en materia de aviación, incluso la travesía del Canal de la Mancha, menos peligrosa, sin duda, en caso de descenso forzado, que un pasco aéreo por encima de París y de sus inmediaciones.



Reloj de sol de loza vidriada, obra de José Finney

El Consejo de Administración del Aero-Club de Francia, apenas tuvo conocimiento de la hazaña efectuada por De Lambert, reunióse en sesión extraordinaria y acordó otorgar al intrépido aviador la gran medalla de oro de la Sociedad, que le será entregada durante un banquete que en honor del mismo se celebrará en breve.

LA CAMPAÑA DE MELILLA

(Véanse los grabados de las páginas 704 y 705)

El único hecho de armas ocurrido desde nuestra última crónica ha sido el reconocimiento practicado el día 17 en los alrededores de Nador. En las primeras horas de la mañana elevóse el globo *Urania*, á fin de inspeccionar la posición que ocupaba la *jarka*, concentrada en los montes de Beni-Buisfrur, y las obras defensivas por ella realizadas. Para proteger el avance del aeróstato formóse una columna al mando del general Aguilera, que poco después comenzó á ser hostilizada. Siguiendo las indicaciones comunicadas por teléfono desde la barquilla del *Urania*, la artillería rompió el fuego; entonces un numeroso contingente de rifles quiso por dos veces envolver nuestras fuerzas, pero fué rechazado con grandes pérdidas.

Realizado el objeto de conocer las posiciones y el número del enemigo y levantados desde el globo los croquis que se deseaban, el general Aguilera ordenó el regreso al campamento. Durante esta retirada, que se efectuó con el mayor orden, los moros, siguiendo su táctica acostumbrada, arrojaron en su ataque, pero al fin hubieron de emprender la huida ante el fuego de fusilería y de artillería.

En aquella acción murieron el comandante del regimiento de León señor Perinat y dos soldados, y resultaron heridos un teniente, un médico militar y quince soldados, cinco de ellos graves.

Prosiguen con gran actividad las obras de apertura de la bocana de Mar Chica y las de los ferrocarriles mineros.

El faro de Tres Forcas está terminado y luce desde el día 20; las obras realizadas bajo la dirección del Sr. Broockmann, en muy pocos días, son dignas de elogio por la rapidez con que se han ejecutado á pesar de la proximidad del enemigo y de lo abrupto del terreno en que los trabajos han debido efectuarse.

Espectáculos. — BARCELONA. — En Romea se ha estrenado con excelente éxito *Flores y violetas*, comedia en dos actos de Pompeyo Crehuet.

En Novedades ha dado algunas representaciones la compañía dramática italo-siciliana que dirige la eminente actriz Mimi Aguglia, la cual ha sido objeto de grandes ovaciones.

En el «Palau de la Música Catalana» han dado un notable concierto el tenor Sr. Raventós y el organista alemán señor Landmann; el primero cantó varios *lieder* de Schumann, Beethoven, Schubert, Brahms y Strauss y el canto del certamen de *Los maestros cantores*, y el segundo tocó el *Preludio y fuga en re mayor* de Bach, la *Pastoral* de César Franck y la *Introducción y pasacalle* de Max Reger, obteniendo ambos merecidos y entusiastas aplausos.

MADRID. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *La escuela de las princesas*, comedia en tres actos de Jacinto Benavente; en Apolo *El patinillo*, zarzuela en un acto de los hermanos Alvarez Quintero, música del maestro Jiménez; en la Zarzuela *El club de las solteras*, zarzuela en un acto de los Sres. Fernández de la Puente y Frutos, música de los Sres. Luna y Foglietti; y en Lara *Como las flores*, comedia en un acto de los Sres. Bueno y Burgos.

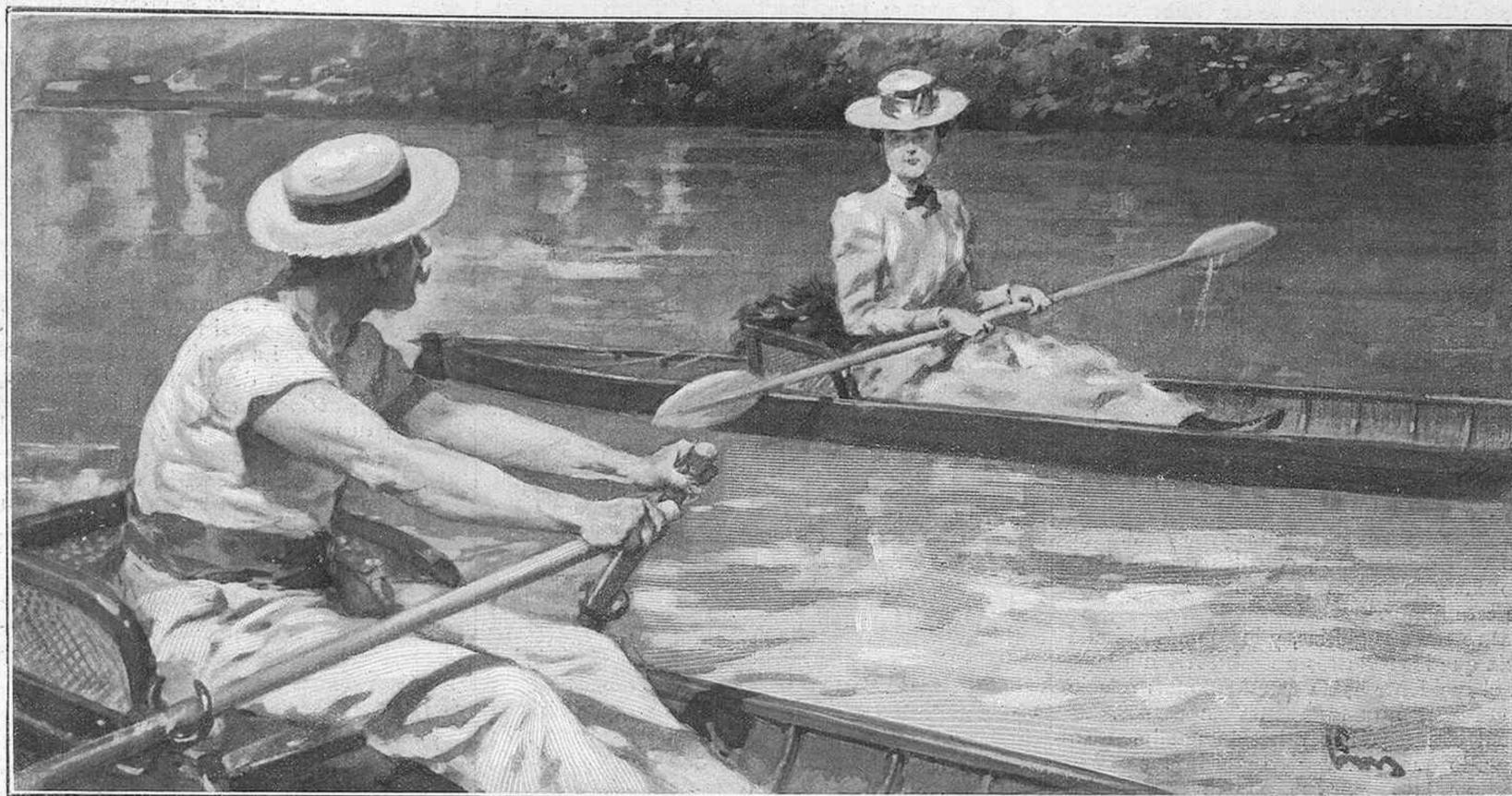


De Lambert efectuando un admirable vuelo sobre París el día 18 de los corrientes; recorrió 40 kilómetros en 49 minutos y alcanzó una altura de 600 metros. (De fotografía de M. Branger.)

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



Durante largo rato, las dos barcas continuaban juntas, y ellos hablaban libremente, desprovistos al fin de toda cohibición

El espectáculo era verdaderamente extraño: el nieto de Miguel Faulque acogido en casa de los descendientes del barón Carlos, evolucionando como igual, entre ellos, en aquel mismo castillo en que el antiguo intendente detuvo á su amo para llevarlo al patíbulo.

Parecióle que los muertos rugían bajo tierra. Tuvo la visión del tío Jaime abriendo la puerta, con el bastón levantado, para arrojar á la canalla y á los descendientes de asesinos...

Retractóse por centésima vez; cayó en el mutismo, dejó hablar á los demás, sin aventurar ni una palabra.

Bertilla sorprendió lo sombrío de sus miradas, experimentó por ello una profunda tristeza y se replegó en sí misma.

Entonces, á fin de evitar los silencios que amenazaban, puesto que tres personajes daban interiormente vueltas á diferentes pensamientos, Valeria hablaba por todos.

Incidentalmente llegó á contar la reciente enfermedad de su hijo. Era un terreno de inteligencia, de interés general y obligado.

Refirió sus angustias en aquellos lúgubres días y en aquellas noches aún más espantosas. Todos escuchaban atentos.

El único que se negaba á vibrar al unísono era el aludido. Le desagradaba ser objeto de la conversación; estaba descontento del papel patético que le hacían representar.

—Durante aquel período de prueba, dijo Valeria engolfada en su tema, las muestras de afecto, ó al menos de simpatía, no nos faltaron. Cada día nuestros amigos cuidaban de pedir noticias, y hasta hubo desconocidos que se informaron del estado del enfermo...

A esta frase, premeditada ó no, Clemente Faulque balbuceó una aprobación indirecta, y luego se rió pesadamente.

Bertilla se había puesto colorada, perdiendo su aplomo, y la pasajera turbación de su padre aumentó la suya.

¿Provocaba Valeria una explicación cuyos resultados podían tener serias consecuencias? En todo caso, no era ella, Bertilla, la que debía dársela, y su padre la eludió.

Pedro, súbitamente vuelto de su ensimismamiento, miró á los Faulque con curiosidad. ¿Confesarían? No confesaron.

Valeria hablaba ya de otra cosa. Pero la muchacha, secretamente herida en sus pudores íntimos, sufría de nuevo; estimaba que la consideraban demasiado conquistada, que prescindían no sólo de sus angustias pasadas, sino también de su dignidad presente.

Ella se puso tiesa, procuró sonreírse y volvió á mostrarse indiferente y frívola.

Gilberto había vuelto á sus preguntas positivas sobre la dirección y explotación del dominio.

—¡Bah!, replicó Faulque, si sabe usted sacar tanto partido de la tierra como de los viejos caserones, no necesita usted consejos míos.

Pronunció estas palabras con un tono brusco que aún revelaba un resto de rencor. Todas aquellas arquillas, armarios, consolas, credencias, mesas macizas de pesados pies en espiral; aquellos sillones y sillas de respaldo de madera artísticamente tallada; aquellos viejos tapices con personajes góticos, todo aquel tesoro que él había poseído sin conocerlo y entregado sin saber su valor, le pesaba grandemente.

A esta segunda manifestación de malhumor inoportuno, el barón contestó:

—No hemos hecho nada de extraordinario, señor Faulque; hemos sacado simplemente de la obscuridad y del polvo los diversos objetos reunidos por nuestros antepasados durante diez siglos de dominación.

«Nuestros antepasados,» «diez siglos de dominación;» estas palabras sonaron como un toque de clarín.

Hicieron estremecer á Bertilla, sombríamente ofendida; Valeria se inquietó; pero Pedro se reía maliciosamente.

Esta vez estaba contento de su padre; éste se rehabilitaba.

Faulque no era hombre que soportase frases de ese género. Encogióse de hombros y replicó con tiesura:

—Es verdad, no es difícil enriquecerse cuando no hay más que alargar la mano. Era muy cómodo en aquellos tiempos... Pero desde entonces esos objetos han pasado por manos diversas, que hubieran podido, que hubieran debido conservarlos.

—Había que pensarlo antes, pronunció el barón en tono seco.

Para cortar un diálogo que tomaba mal sesgo, la baronesa, alarmada, exclamó:

—Señores, por favor, nada de anacronismos; es-

tamos á fines del siglo XIX, dejemos en paz á los muertos; además, todo eso no es más que vanidad...

—Entonces usted, señora, repuso Faulque todavía nervioso, ¿no tiene preocupaciones de raza?

—¿Cómo quiere usted que las tenga?, contestó Valeria; no he nacido noble; soy hija de Aniceto Brussane.

Súbitamente Faulque lo olvidó todo y exclamó:

—¿Es usted hija de Aniceto Brussane?... ¿Y no lo dice? ¿Y no lo pregona? Eso vale por lo menos tanto como muchos títulos y pergaminos, señora. Los nobles se enorgullecen de antepasados convertidos en polvo desde hace mil años, y estimo más natural estar orgulloso de más cerca. Su padre de usted fué un gran sabio, una inteligencia prodigiosa. Conozco todas sus obras y se las enseñaré en la biblioteca del castillo nuevo... ¡Ah, señora, cuánto me alegro de ver con mis propios ojos á la noble hija de tan noble padre!.. Sí, ese tiene derecho á todos los respetos.

Aunque en este pequeño discurso hubiese alguna maliciosa indirecta á Guibray, todo el mundo le quiso aprobar y aplaudir.

Dirigiéndose á Pedro por primera vez, Faulque añadió:

—Caballero, tiene usted un abuelo de que puede estar orgulloso.

—No es el único, replicó el joven.

—Es el único de mi agrado, repuso Faulque, que aún llevaba la ventaja.

A cada palabra, la batalla, que parecía terminada, se reanudaba á tiros aislados.

El barón Gilberto, deteniendo á su hijo con un gesto, iba á hablar á su vez, cuando, en los grandes espejos del salón, vió reflejadas, una al lado de otra, su imagen y la de Faulque.

Estaban de pie uno enfrente del otro, vestidos de azul, con un traje parecido.

De pronto, el barón no supo distinguir si veía á Faulque á la derecha ó si se veía á sí mismo á la izquierda, en el cruzamiento de los efectos del espejo.

La misma estatura, el mismo cuerpo, la misma expresión en sus facciones, contraídas por la cólera á duras penas reprimida.

Se llevó la mano á los ojos, en un vértigo: Faulque observó su mirada, se volvió, vió á su vez aquel prodigio de similitud, y ambos á la vez murmuraron la misma frase, con una voz y un gesto iguales:

— Hay para volverse loco...

Hubo una larga pausa, pues los otros tres personajes habían comprendido también, y contemplaban, casi espantados, aquellos dos fenómenos de refracciones, en que se confundían á la visión dos seres, en todo opuestos cuando eran lógicos.

Valeria murmuró:

— Mi padre hubiera estudiado eso.

Con un movimiento espontáneo y casi tierno, Bertilla se acercó á ella.

Hacía cinco minutos que le había cobrado cariño, puesto que era Brussane antes de ser Guibray.

— Señora, le dijo, temo que mi padre la haya ofendido...

— No, hija mía, contestó la baronesa. No ha hecho más que contestar. Estaba en su derecho. Escúcheme y créame. Yo soy amiga de usted; en toda circunstancia sea franca conmigo, dígame la verdad. La he juzgado á usted y la quiero mucho.

Esto fué pronunciado aparte, como un secreto confiado.

Bertilla dió las gracias á su nueva amiga con una de esas miradas luminosas, rebosantes de pasiones, que le eran propias.

Los hombres, calmados, volvían á las cortesías obligatorias; y como había habido un choque, como era casi inevitable, había que felicitarle de que hubiese sido tan ligero, sin más consecuencias.

Clemente Faulque, vuelto á las ideas generales, explicaba, á una pregunta de Gilberto:

— Sí, tengo doscientos obreros..., las canteras del país proporcionan piedra en gran cantidad y de calidad excelente. También fabricamos yeso y cal. Además tengo cría de caballos, caballos de raza, que usted conoce..., y de bueyes que han sido premiados. He tenido este honor.

Reíase al relatar sus glorias, y los demás le imitaban; parecía que los rencores no sobrevivían á la escaramuza; el incidente había terminado; las relaciones no serían interrumpidas apenas empezadas.

Cada cual estimaba haber herido igualmente al otro; el orgullo quedaba á salvo y el honor satisfecho; y depuesta la espada, se podían estrechar la mano sin resentimiento alguno.

Pero ante todo, por una estimación mutua y una confianza recíproca, Valeria y Bertilla estaban y quedaban de acuerdo, en un pacto concluído.

A la salida del castillo viejo, Faulque y su hija marcharon largo tiempo en silencio. Ambos dudaban en sus apreciaciones. El día había sido bueno y había sido malo. Total: pasable.

Al fin Clemente se decidió á comentarlo, según su costumbre, y dijo:

— Extraña gente, ¡qué rara mezcla de grandeza y de pequeñez! Gilberto se acuerda aún demasiado de su ascendencia; pero se inclina, sin embargo, á las concesiones... La baronesa es simplemente encantadora; pero es la hija de Aniceto Brussane, y esto lo explica todo... Tú no sabes, muchacha, lo que era ese hombre... Fué glorioso y mereció serlo, lo cual es más raro de lo que se piensa... Su hija no podía ser vulgar..., es en extremo notable... Gracias á ella, acepta uno á los demás... Pero ¡ay!, tu caballero es verdaderamente el caballero de la Triste Figura... ¡Qué mal carácter tiene! ¡Sin un movimiento de juventud, sin un arranque de alma! Observa y se reventa; es frío como el hielo. ¡Ah! A fe que hizo bien, el año pasado, en vivir retraído; si no hubiese más que él para establecer en relación nuestras dos casas, creo que permaneceríamos tan distanciados unos de otros como en la época en que nuestros padres se hacían guerra á muerte. Siento muchísimo tener que decirte estas cosas, pero realmente ese joven pone de su parte todo lo posible para hacerse antipático; si es altivez, si es orgullo, parece incurable..., y no veo en qué va á parar todo esto.

— Papá, dijo Bertilla, no hay que juzgar por las apariencias; Pedro es tímido, ya te lo han dicho, y huraño, como sabes. Sabes también que su infancia fué mal instruída; que se halla imbuído en preocupaciones absurdas; diríase que su alma tiene mil años. Pero sin tratar de excusarlo, debo reconocer que en nuestras situaciones actuales es quizá el único que sigue siendo lógico con el pasado. Sintiendo mucho, me veo casi obligada á ser de su opinión. Vamos á ver, ¿no es natural, casi necesario, que Faulque y Guibray sean enemigos, á pesar de las convenciones nuevas, á pesar de la evolución de las ideas y de los hechos? No es posible abolir la historia de nuestras dos razas. El se acuerda y respinga ante nuestros comunes antecedentes. Quizá vale más eso que hacer tabla rasa del pasado; no existir más que para los intereses presentes, por la doctrina de los acomodados á todo trance. De su actitud, ¿por qué prejuzgar demasiado aprisa?... Además, entre él y yo hubo cambio de expresiones agrias. No puede sos-

pechar lo que yo pienso... He aquí el secreto de sus actitudes recelosas.

— Entonces, ¿tú persistes en creer que detrás de su dureza de aspecto oculta... otros sentimientos?

— Sí, persisto, y para esto tengo mis razones.

— Ah! Entonces estás más enterada que yo.

Hablando así, Bertilla se agarraba violentamente á su única certeza: á la certeza de ser amada.

Aquel pedazo de papel, encerrado en su carterita blanca, ¿no contenía la confesión de Pedro, la confesión de su ardiente angustia?

«En nuestra raza, las mujeres tienen ordinariamente el cabello rubio y el cutis moreno, dice á poca diferencia el barón Matías... Sí, el cabello y el cutis moreno... ¡Como ella!»

Era su talismán, su fetiche. En las horas de duda releía estas frases, y sentía renacer su fe...

Además, ahora veía una aliada sincera en la baronesa Valeria. Parecía que esta última había debido recibir las confidencias de su hijo; porque, de otra manera, ¿cómo hubiera sabido?... Y sabía ciertamente; si no, ¿á qué tanta benevolencia? ¿Por qué tanta ternura en sus manos amistosamente tendidas?

Por esto, á pesar de las disidencias pasadas, Bertilla iba casi dichosa, muy ajena á juzgar el día como perdido.

El orgullo de Pedro manteniendo las distancias no la ofendía ni la mortificaba mucho; ella misma se había mostrado más reservada con él.

Era imposible que, entre Guibray y Faulque, la antigua sucesión de crímenes y represalias se liquidase aturdidamente entre dos risas y dos canciones.

Había que obviar el obstáculo, y se iniciaba el movimiento de evitarlo. ¿Se conseguiría? Quizá. En todo caso, no había nada comprometido; las tentativas empezaban, bien ó mal, á tientas..., y gran cosa era que hubiesen empezado.

Pero Faulque, obstinado, persistía en sentir haber vendido *por nada* lo que él creía valer menos todavía. Este punto seguía siendo doloroso para él; acosado por los negocios, estaba avergonzado de aquella mala venta imprudentemente consentida.

Tales fueron las impresiones de los Faulque después de su primera visita al castillo viejo.

Detrás de ellos, los Guibray cambiaron sus observaciones. Gilberto, aún turbado por la evidencia de su gran parecido con Clemente, sólo emitía apreciaciones vagas.

Pedro iba á romper en amarguras sobre las frases de Clemente Faulque, cuando Valeria le detuvo á la primera palabra:

— No tienen ustedes razón; ustedes le provocaron. A un hombre seis veces millonario, dueño del país, acostumbrado á la estimación general, le es difícil admitir vuestras supremacías ilusorias, vuestros derechos proscritos de nobleza y de cuna. En su lugar otro cualquiera hubiese sido menos cortés. Le juzgan ustedes inferior; pero son ustedes los únicos en juzgarlo así. Respecto á Bertilla, es una adorable muchacha; que sea ó no de noble cuna, poco me importa. Es guapa, delicada, graciosa, digna de todos los homenajes; cualquiera que sea la altura de que éstos procedan, no harán más que elevarse para llegar hasta ella, y no permito que se la critique en nada.

Entonces Pedro, el indeciso Pedro, intimamente satisfecho de esta aprobación plenaria, se puso alegre para el resto del día.

«Demencia, absurdo — pensaba la baronesa. — Sin embargo, será preciso acabar por entenderse.»

Desde aquel día, debidamente presentados, en relaciones abiertas, ostensibles, Pedro y Bertilla, cada vez que se encontraron, tuvieron que saludarse al paso y hasta cambiar frases más ó menos importantes.

Una mañana encontráronse otra vez frente á frente en el camino del Salvador. Pero los tiempos habían cambiado; había llegado al menos la hora de las cortesías.

Solo, en presencia de la muchacha, Pedro olvidó en el acto sus restricciones mentales. Le dió por la franqueza y habló galantemente, sin embarazo. ¡Caso extraordinario!

Manifestó su alegría de haber vuelto á aquel espléndido país, en que cada día sentía renacer sus fuerzas al aire libre.

Bertilla se interesó en seguida. Aún le encontraba muy pálido, muy débil... Había debido sufrir mucho.

El joven, contento aquel día de que le tuviesen lástima, suspiró profundamente y bajó la cabeza. Sí, había sufrido mucho... Había creído morir.

La muchacha no pudo reprimir un movimiento de espanto sincero ante aquella terrible perspectiva... Este movimiento fué observado por el interlocutor, que sintió aumentar su resolución.

Pero había que olvidar aquellos tristes momentos.

La salud volvía rápidamente. Dentro de un mes no se acordaría ya del peligro pasado.

Ella suspiró á su vez, como aligerada de un peso, propensa á la esperanza.

Marcharon juntos, hablando como buenos amigos.

El momento era dulce, el paisaje apacible y delicioso; al lado del camino, el arroyo arrastraba sus aguas vivas, entre malezas salpicadas de flores silvestres.

No lejos, la vieja iglesia se destacaba sobre un cielo azul purísimo, alzando su torre oscura, como un dedo indicador hacia la presencia de Dios.

Varios niños salían de la escuela, en alegre desorden. Toda la intimidad del pueblo, rodeado de la solemnidad de las doradas campiñas, les infiltraba una tierna dulzura.

Con un poco de amor confesado, hubieran estado muy cerca de la felicidad terrestre.

Esta confesión estuvo á punto de escaparse de los labios, demasiado tiempo cerrados, del joven Guibray.

En un momento en que Bertilla, al pasar por un sendero estrecho, iba delante de él, Pedro tuvo ocasión de contemplarla á su sabor, de cerca; y por primera vez, un deseo casi brusco sacudió su acostumbrada languidez. La admiró y la deseó simplemente, por su sola belleza de criatura robusta; por su nuca morena vislumbrada entre su soberbia cabellera rubia; por su magnífico busto y su talle flexible, por la elegante opulencia de su cuerpo virgen.

Pero un instante después, en el camino ancho, volvió á encontrarse al lado de ella, ahogó los momentáneos deseos de que ahora se avergonzaba, y tuvo que contentarse con el encanto de su voz.

Conservaba, empero, una vibración interna y un reconocimiento de aquella sacudida. Advertido por la existencia loca del pasado invierno, se hallaba menos propenso á los amores platónicos; y aquel despertar de sus sentidos le alegró como un síntoma de la vuelta de su salud.

Se separaron con disgusto, encantados uno de otro.

Quizá Bertilla se había estremecido también á la ardiente mirada que la envolvió un momento, animada por un vehemente deseo de posesión.

Espontáneamente se tendieron la mano; el apretón fué breve, pero impresionable. Después de haberse separado, ambos estaban un poco pálidos. Aquel día fué uno de los más hermosos para ellos.

Siguieron otros, pero menos señalados, pues la costumbre embota las emociones.

Se encontraban en todas partes, sin premeditación; á todas horas del día, mañana, tarde y noche. Había también á modo de citas periódicas; al menos sitios en que estaban seguros de verse á ciertas horas. Desde luego, todos los domingos en la misa.

Valeria continuaba sus prácticas semi-piadosas. Aquella alma noble era incapaz de renegar, en los días apacibles, de aquel Dios que había invocado, durante las noches fúnebres, de pie, con los brazos levantados, á la cabecera de su hijo moribundo.

Iba, pues, á visitarlo en su morada; y el cura, que no veía más lejos, se glorificaba de su devoción. Gilberto la acompañaba *por política*, y Pedro *porque era decoroso* y porque estaba seguro de encontrar á Bertilla.

Ahora las sillas se mezclaban, sin preocupación de preferencias ni de clases; la baronesa se sentaba al lado de Bertilla y los hombres aparte.

Por la noche, el cura se dejaba convidar á comer en el castillo viejo; Valeria lo recibía con afabilidad, como á una excelente persona que era; Gilberto hablaba con él de política, sin perder de vista la influencia que, por medio de las mujeres, ejercen los curas sobre el cuerpo electoral.

Pedro encontraba de buen tono la presencia de aquella sotana, que recordaba el antiguo régimen.

Fuera de las entrevistas del domingo, todas las tardes, á cosa de las cinco, cuando menguaba el calor, Bertilla bajaba á la ribera, desamarraba su góla y emprendía un paseo por el río.

Era muy raro que Pedro no la imitase en seguida; seguía en su estela, tratando de alcanzarla.

Por vanidad de buena remadora y por coquetería de mujer guapa, ella guardaba su distancia, inclinada sobre los remos, mordiendo el labio en un hermoso arranque de vigor juvenil.

Entonces él sudaba, se extenuaba para igualarla en velocidad. Pero pronto, compadecida de él, disminuía su impulso y le esperaba, sabiendo que aún estaba enfermo y débil, no queriendo humillarlo con su superioridad en la regata, y se dejaba alcanzar.

Durante largo rato, las dos barcas continuaban juntas, y ellos hablaban libremente, desprovistos al fin de toda cohibición. Y daban la vuelta á las islas, cabe los sauces. Cuando algún vapor removía el agua

del río á su paso, produciendo largas olas, Bertilla, de una mirada, observaba la maniobra de Pedro, remador novicio, para el cual temía ella el más ligero peligro. Se acostumbraban uno á otro, cambiaban expresiones amistosas, se habituaban á aquella vida común en que cada uno encontraba cada día un encanto más dulce.

Pero entre ellos los diálogos eran puros, exentos de confesiones sordas y de alusiones más ó menos indiscretas.

Los padres lo aprobaban con una gran benevolencia. La reserva de Pedro les parecía explicable. Era natural, en concepto de todos, que no hubiese precipitaciones; la opinión general era que el joven, todavía flaco y pálido, debía recuperar ante todo una salud completa.

Valeria, conociendo el género de excesos que, el invierno anterior, habían reducido á su hijo á las fiebres peligrosas, á las anemias trágicas, estimaba que el primer deber del muchacho, como su primer cuidado, estaba en robustecerse.

Una vez del todo curado, sólido y seguro de sí mismo, entonces hablaría.

Sin embargo, transcurrieron dos meses, y á pesar de que Pedro parecía casi vigoroso, con buenos colores y animada expresión en el semblante, seguía callando, sin abandonar su papel de personaje enigmático; enamorado sin duda, pero extraordinariamente mudo.

Esto á Bertilla le extrañaba; ella se había enamorado de veras, no quería ya hablar de las divisiones antiguas y apartaba los antiguos fantasmas.

Valeria preocupóse al fin de aquel silencio persistente. Conocía cada vez mejor á Bertilla, y la quería cada vez más, proporcionalmente á su verdadero mérito. Deseaba con ardor el desenlace necesario á aquellas complicadas intrigas.

Una tarde, al crepúsculo, á lo largo del camino, las dos mujeres se paseaban solas por el campo, y la hora era propicia, como hecha para las confidencias. La baronesa habló:

—Y bien, hija mía, dígame usted con franqueza, ya sabe que estoy de su parte..., ¿cuál es la situación actual?

—¿Cuál es la situación?., contestó Bertilla súbitamente triste. Siempre la misma, señora.

—¿De veras?.. Vamos á ver, hablemos con entera confianza... ¿Pedro no le ha dado nunca á comprender que la quiere, al cabo de tanto tiempo?

—Seriamente, no; díjase, por el contrario, que no me quiere..., ó al menos que tiene por mí una amistad muy razonable.

—Es indiscutible, murmuró Valeria; sin embargo, la ama á usted... Yo lo sé.

—Yo también, replicó vivamente Bertilla.

—¿Usted también?.. ¡Pero si nada le ha dicho!..

—No importa.

Bertilla bajó la cabeza y continuó después de una breve pausa:

—Y usted, señora, ¿cómo sabe?.. ¿Se lo ha confesado á usted?

—¿Confesado á mí? Nada de eso.

—¿Entonces?

—Entonces..., confidencia por confidencia, hija mía. Voy á decir á usted cómo supe de una manera innegable que Pedro la amaba, y luego me dirá usted cómo adquirió esta misma convicción.

Bertilla vaciló un instante, pero aceptó.

—Sea. A usted le descubriré mi alma..., pero em piece.

La baronesa hizo un gesto brusco de decisión y se explicó rápidamente. Refirió la enfermedad de Pe-

dro, sus noches de delirio, sus entorpecimientos convulsivos, el cuerpo extenuado y el espíritu presa de los sueños y de las pesadillas.

En aquella inconsciencia mórbida, revelaba sin cesar los secretos de su corazón. Un nombre, á cada instante, se escapaba de sus labios febriles:

«¡Bertilla! ¡Bertilla! ¡Bertilla!»

De este modo había sabido ella la verdad, comprendido la eterna obsesión de aquella alma, sin defensa, sincera en su locura. La prueba no era dudosa.

—¿Leyó usted? ¿Cómo? ¿Qué leyó? No acierto á comprender... Hable con entera franqueza.

—Sí, repuso la señorita Faulque; leí una nota reveladora; he aquí cómo fué.

De un tirón, se confesó: una mañana de invierno, irresistiblemente atraída, subió, sola, á escondidas, al viejo castillo. Quería contemplar lo que había sido residencia de Pedro. No tuvo que andar á tientas, porque conocía aquellos lugares desde su infancia. Llegó en derechura al cuarto de Pedro...

En este momento, se detuvo avergonzada.

—Señora, no me condene, no sea severa; hice mal, ya lo sé; pero no pude resistir. Entonces, en su cuarto (¡qué pobre!, lloré al contemplarlo tan desmantelado), vi papeles en el cajón de una mesa... Cogí uno al azar... Hice muy mal, ¿verdad?

—Siga, siga, dijo Valeria conmovida por aquella evidencia de apasionado amor. No he dicho que hubiese hecho mal.

—Cogí aquel papel... Había escrito... Pero vea usted misma; aquel papel substraido lo he conservado; me sirve de salvaguardia en las horas de desesperación; aquí está.

Sacó su carterita de cuero blanco, recamado de oro, y tomó un papel doblado, que entregó á la baronesa. Ésta lo abrió.

—Es letra de Pedro, dijo.

Y leyó en voz alta:

«En nuestra raza, las mujeres tienen ordinariamente el cabello rubio y el cutis moreno... Como ella.»

Entonces Valeria levantó los ojos, examinó á Bertilla, sus cabellos rubios, su tez morena, y se sonrió luminosamente con una lágrima en el rabillo del ojo.

—Muchacha..., es la confesión..., es natural que usted crea... Pero que hable. Es absurdo, al fin...

Bertilla repuso:

—Ahora comprenderá usted por qué me creí en el derecho de inquirir, de hacerme enviar noticias, cuando todo el mundo afirmaba que iba á morir. Yo le amaba ya, y sabía que él también me amaba á mí... Y sin confesárselo todo á mi padre, logré ser tenida al corriente del curso de la enfermedad.

—¡Pobre hija mía! Usted también conoció la angustia... Vamos. Es ya hora de que todo eso concluya, y concluya bien. Yo tomaré cartas en el asunto, por deber y por voluntad... Tenga usted confianza...

Las madres son hábiles; dentro de tres días Pedro suplicará á usted que sea su esposa, á pesar de las leyendas, á pesar de la historia, á pesar de los muertos que estorban... Yo habré vencido las últimas resistencias. Él no desea otra cosa; estoy con vencida de ello.

Por toda respuesta, Bertilla se echó en brazos de la baronesa, que la besó tres veces dándole el nombre de «hija.»

Como había anochecido, un cuervo, posado sobre una pila de heno, fué el único testigo de aquellas expansiones.

Al día siguiente, la baronesa Valeria estaba sentada en un sillón de campo, en la terraza nuevamente rodeada de una barandilla sobre un terraplén cimentado. Tenía en la mano un libro amarillado que recorría distraídamente. Alrededor, la torre del homenaje proyectaba su gran sombra; el río, abajo, arrastraba sus aguas azuladas bajo un puro cielo estival. El panorama se extendía desde el pueblo inmediato hasta las campiñas lejanas, en que los campos de doradas mieses cortaban la monotonía de las verdes praderas y en que se alzaban campanarios sobre aglomeraciones de grises techumbres de paja y de tejas rojizas.

(Se continuará.)



Bertilla sorprendió lo sombrío de sus miradas, experimentó por ello una profunda tristeza

La baronesa añadió:

—Y la causa del mal era también usted, hija mía; causa indirecta sin duda, pero única y determinante, sin embargo. Para olvidar á usted se entregó á disipaciones cotidianas, buscó antídotos, que resultaron peores que nada. Durante meses, para borrar el recuerdo de usted, recurrió á los medios más tristes. Pero vencido por el sufrimiento, acabó por confesar. Más tarde, convaleciente, se dominó y volvió á cerrar su corazón; y ya no dijo una palabra, ni la más vaga alusión, nada. Pero no podía retirar lo que había dicho durante la fiebre. Había oído y comprendido. Por esto vinimos á Guibray, con la esperanza de que, puesto en presencia de usted, desaparecerían las divergencias.

Bertilla había escuchado este relato con los ojos en extremo abiertos, muy pálida, violentamente sacudida en sus fibras nerviosas.

Esta nueva prueba confirmaba sus creencias; pero se asustaba de pensar lo que había sufrido por ella el pobre joven. Esto aumentó aún su pasión.

—A usted le toca ahora ser franca, dijo la baronesa. ¿Cómo adivinó usted que Pedro la quería?

Bertilla contestó con voz sorda:

—No adiviné; leí.

za... Las madres son hábiles; dentro de tres días Pedro suplicará á usted que sea su esposa, á pesar de las leyendas, á pesar de la historia, á pesar de los muertos que estorban... Yo habré vencido las últimas resistencias. Él no desea otra cosa; estoy con vencida de ello.

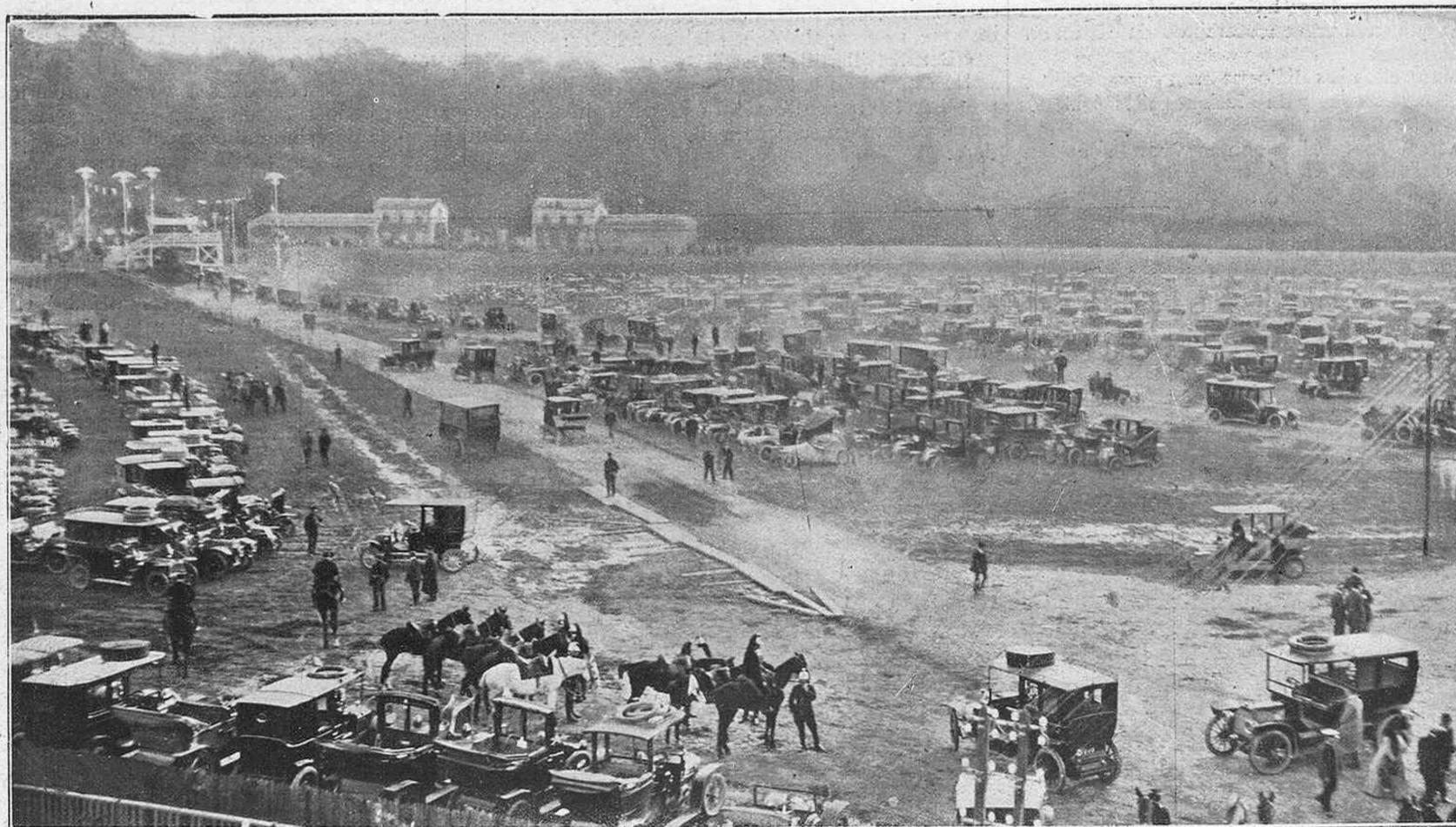
Por toda respuesta, Bertilla se echó en brazos de la baronesa, que la besó tres veces dándole el nombre de «hija.»

Como había anochecido, un cuervo, posado sobre una pila de heno, fué el único testigo de aquellas expansiones.

Al día siguiente, la baronesa Valeria estaba sentada en un sillón de campo, en la terraza nuevamente rodeada de una barandilla sobre un terraplén cimentado. Tenía en la mano un libro amarillado que recorría distraídamente. Alrededor, la torre del homenaje proyectaba su gran sombra; el río, abajo, arrastraba sus aguas azuladas bajo un puro cielo estival. El panorama se extendía desde el pueblo inmediato hasta las campiñas lejanas, en que los campos de doradas mieses cortaban la monotonía de las verdes praderas y en que se alzaban campanarios sobre aglomeraciones de grises techumbres de paja y de tejas rojizas.

(Se continuará.)

PARIS.—LA GRAN QUINCENA DE LA AVIACION. (De fotografías de M. Branger.)



Parque destinado á los automóviles en las inmediaciones del aeródromo

Cuando escribimos estas notas no han terminado todavía las pruebas del gran concurso de Port-Aviation, y por lo tanto no se conocen aún los resultados definitivos en lo que se refiere á los premios más importantes que en el mismo se disputan. Esto no obstante, bien puede asegurarse que los héroes de las jornadas de la Gran quincena de la aviación de París serán Paulhán, De Lambert y Gobron, pues hasta el presente ellos son los que aparecen clasificados en primer lugar en todas las pruebas efectuadas.

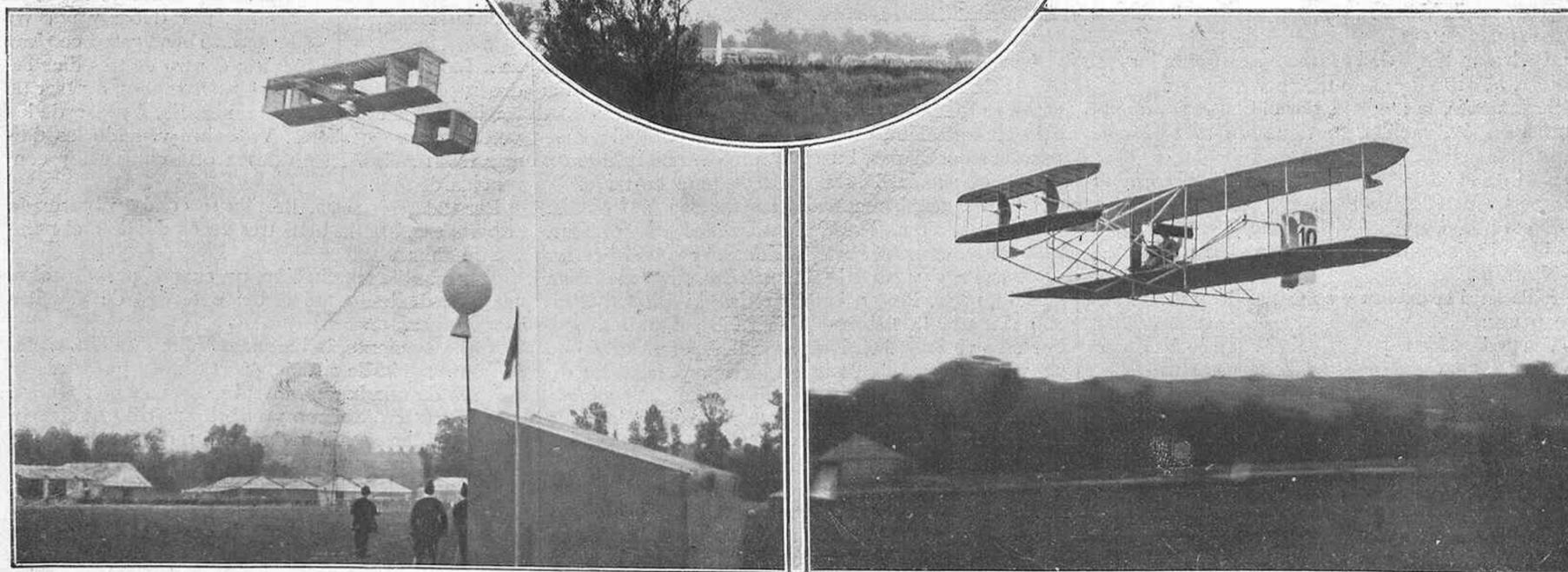
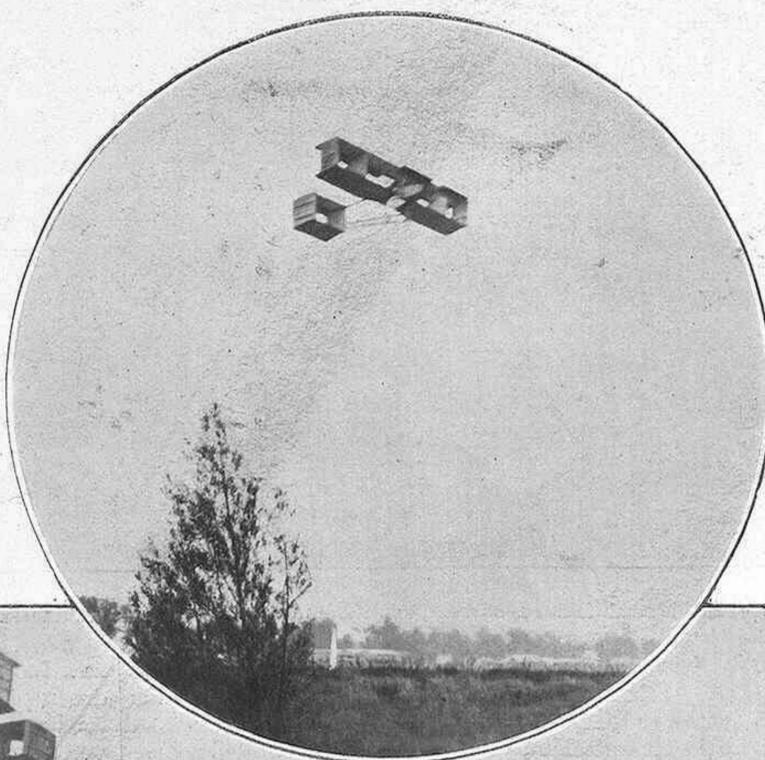
Así en la clasificación para el gran premio de la Sociedad del fomento de la aviación, están primero De Lambert y segundo Paulhán; para el de la totalización de las distancias, Paulhán, De Lambert y Gobron; para el de la vuelta á la pista, Gobron y De Lambert, y para el de lentitud, Paulhán.

Todos ellos han realizado verdaderas proezas, en algunas ocasiones arriesgadas y hasta peligrosas á causa del viento reinante. En uno de los días el aparato que tripulaba Latham, que en este con-

curso ha sido poco afortunado, fué sorprendido por un remolino y lanzado al suelo, sin que el aviador sufriera ningún daño; el aparato, en cambio, tuvo varios desperfectos. Aquel mismo día, Paulhán, después

de haber resistido felizmente un primer embate del viento, hubo de decidirse á volar á muy poca altura y á tomar tierra después de la quinta vuelta. De Lambert supo sortear mejor que sus dos competidores las ráfagas del viento, demostrando una seguridad y una pericia que entusiasmaron al público, y descendiendo sin precipitación, como si acabase de efectuar un vuelo en las más normales condiciones.

El día 14, el presidente de la República visitó Port-Aviation, y en su presencia realizó Paulhán uno de sus vuelos más hermosos y de mayor efecto. Elevóse fácilmente á una altura de veinte metros, viró delante de las tribunas, y cuando había dado dos tercios de vuelta, el biplano, sacudido por un fuerte viento, se inclinó de una manera alarmante; pero Paulhán supo mantener admirablemente el equilibrio, completó la vuelta y dió otra, en la que ya el viento nada pudo contra el biplano. Después remontóse poco á poco á una altura de cuarenta metros, y al comenzar la cuarta vuelta, abandonó el aeródromo, se lanzó en línea recta hasta perderse de vista, viró á los seis kilómetros y regresó á Port-



Los tres héroes del concurso de Port-Aviation: Paulhán, en biplano Voisin; Gobron, en biplano Voisin; y De Lambert, en biplano Wright

Aviation, completando su cuarta vuelta, terminada la cual descendió describiendo una graciosa curva y tocando el suelo á pocos metros de la tribuna presidencial, entre las aclamaciones de la multitud y los acordes de la *Marseillesa*.

El Sr. Fallieres felicitó calurosamente al aviador y le dijo sonriéndose:

—Paréceme que se ha salido usted de las reglas del concurso.

—He querido ver qué es lo que podía hacer, repuso Paulhán modestamente.

—Y ha demostrado usted, replicó el presidente, que podía usted hacer lo que quería.

Al día siguiente y después de un vuelo difícilísimo, en el que un viento terrible puso á prueba su habilidad extraordinaria en el manejo de su aparato, recibió el mismo Paulhán entusiastas felicitaciones del príncipe de Mónaco, que había ido á Port Aviation.—S.

museo el día 13 de los corrientes. El acto de la traslación revistió gran solemnidad, y á él asistieron, entre otras notables personalidades, Mr. Walter Beh

del Instituto, alcalde de Douvres, Bleriot, y Bouquet, director del Conservatorio. Después de firmada el acta de donación, los concurrentes visitaron el mono-

plano, que en el entretanto había sido colocado en el pedestal sobre el que descansará en adelante, y luego se dirigieron á la Casa Consistorial, en donde les esperaban el presidente del Consejo Municipal, los prefectos del Sena y de policía, algunos concejales y altos funcionarios.

En el salón de los Arcades, el alcalde y los prefectos saludaron á Mr. Emden, quien contestó en inglés agradeciendo los obsequios que se le dispensaban y firmó en el Libro de Oro de la Ciudad. Después de servido un *lunch*, los invitados pasaron al salón de fiestas, en donde se celebró un concierto, en el que tomaron parte la música de la guardia republicana y algunos artistas del teatro de la Ópera.



Paris.—Solemne acto de entrega al Museo de Artes y Oficios del monoplano en que Bleriot efectuó la travesía del Canal de la Mancha. (De fotografía de M. Branger.)

PARÍS.—EL MONOPLANO BLERIOT

EN EL MUSEO DE ARTES Y OFICIOS

El aparato en que Luis Bleriot efectuó la travesía del Canal de la Mancha ha quedado depositado definitivamente en el Museo de Artes y Oficios de la capital de Francia, para que las generaciones presente y futuras puedan recordar siempre una de las más hermosas conquistas de la ciencia y uno de los hechos que habrán formado época en la historia de la aviación.

El célebre monoplano, que se hallaba expuesto en el Salón de la Aeronáutica actualmente instalado en el Gran Palacio, fué desde allí trasladado al citado

rens, presidente de la Cámara de Comercio inglesa de París, y Mr. Emden, alcalde de Douvres. Este, precedido de un macero y acompañado de un concejal de su ciudad, fué recibido á la entrada del Gran Palacio por los Sres. Esnault-Pelterie y conde de la Vaulx, del comité del Salón, y visitó detenidamente las instalaciones.

A las dos y media de la tarde formóse la comitiva. Abrió la marcha el monoplano, con las alas plegadas, arrastrado por los mecánicos de Bleriot, y detrás de él seguían, en landós, el alcalde de Douvres, los invitados y Luis Bleriot, á quien la multitud tributó grandes ovaciones.

Llegado el cortejo al Conservatorio de Artes y Oficios, efectuóse la ceremonia de la entrega, en la que pronunciaron discursos los Sres. Madeline, en nombre del diario *Le Matin*; Painlevé, miembro

Por la noche hubo en el palacio de Orsay un banquete en honor del alcalde de Douvres y de Bleriot. Lo presidió el ministro de Obras Públicas Sr. Millerand, y al final del mismo pronunciaron elocuentes brindis el Sr. Estournelles de Constant, felicitando á Bleriot y saludando al alcalde de Douvres; éste, elogiando á Francia y á sus ilustres aviadores, especialmente á Bleriot, y alzando su copa en honor del presidente de la República; el Sr. Millerand, explicando la significación de la fiesta, encomiando la hazaña de Bleriot y brindando por el rey de Inglaterra; Bleriot, expresando su gratitud á todos, Behrens, Esnault-Pelterie y Doumer.

No hay que decir que todos los oradores fueron calurosamente aplaudidos y que en la fiesta reinaron el mayor entusiasmo y la más sincera cordialidad.—S.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas. Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Gléptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas
Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salva* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada.—Cuatro tomos: 55 pesetas.
Montaner y Simón, editores. — Aragón, 255, BARCELONA

EL GLOBO DIRIGIBLE

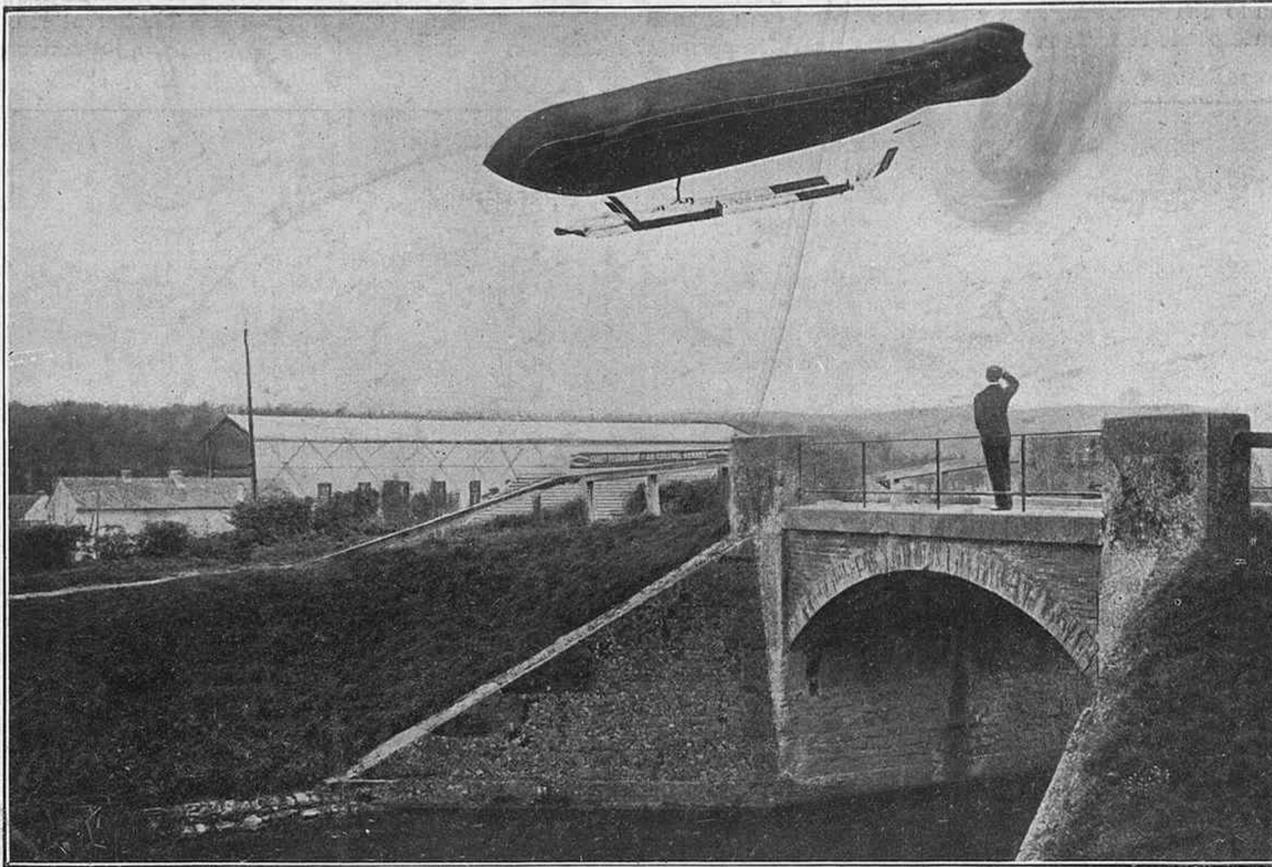
«ESPAÑA»

Desde que comen-
ron á verse los buenos
resultados que de algu-
nos años á esta parte
daban los estudios y
los ensayos efectuados
con vista á la solución
del problema de la di-
rección de los globos,
comprendióse la utili-
dad grandísima que
podían tener los dirigi-
bles desde el punto de
vista militar.

En seguida las gran-
des potencias se dedi-
caron á la construcción
de aeróstatos, unas
adoptando los tipos in-
ventados por sus na-
cionales, otras acudien-
do para ello al extran-
jero. Y el resultado ha
sido que en la actuali-
dad existen verdaderas
flotas de guerra aéreas
en las que el número
de unidades aumenta
de día en día, hasta el
punto de que hay na-
ción, como Italia, que
está haciendo los tra-
bajos indispensables
para poseer dentro de
un breve plazo veinti-
cuatro dirigibles.

El gobierno español,
deseando dotar á nues-
tro ejército de una de
estas poderosas máqui-
nas de guerra, encargó
su construcción á la casa francesa Astra, la cual ha terminado
recientemente el dirigible encomendado. Éste, que es del mis-
mo tipo que el *Clement-Bayard*, del que oportunamente se ha
ocupado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, se denomina *España*
y hace pocos días efectuó sus pruebas en Meaux con éxito en-
teramente satisfactorio.

Tripularon el globo el Sr. Kapferer, como piloto; el coronel
y el capitán de ingenieros Sres. Vives y Kindelán, y el señor
Airaut, como ayudante piloto.



Meaux.—Primera salida del globo dirigible «España» construido por encargo del gobierno español
(De fotografía de M. Branger.)

El aeróstató salió del parque de Beauval, elevóse á conside-
rable altura y durante veinte minutos evolucionó sobre la ciu-
dad de Meaux á una velocidad de 50 kilómetros por hora, re-
gresando luego á su cobertizo, en donde el representante de la
sociedad constructora recibió las felicitaciones de los oficiales
españoles. Una vez terminadas las pruebas, que habrán de du-
rar una semana, el dirigible *España* será enviado á Madrid y
desde allí seguramente transportado á Melilla, en donde es in-
dudable que puede prestar excelentes servicios.

tomo de 128 páginas, que forma parte de la Biblioteca Popu-
lar de «L'Avenc» que se publica en Barcelona. Precio, 50
céntimos.

CRÍTICA LITERARIA, por Juan Valera (1861-1863). — Cole-
cción de artículos que forma el volumen XXI de las obras
completas del eximio literato. Un tomo de 304 páginas, im-
preso en Madrid en la Imprenta Alemana. Precio, tres pe-
setas.

LIBROS ENVIADOS Á
ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDI-
TORES.

REUSENCA, por José
Ciurana Maijó. — No-
vela de costumbres reu-
senses escrita en cata-
lán. Un tomo de 152
páginas, impreso en
Reus en la tipografía
de Sanjuán hermanos.
Precio, una peseta.

ARTE DE LEER ES-
CRIBIENDO, por *Pri-
mitivo Sanmartí*. — Co-
lección de doce pliegos
con modelos de escri-
tura y dibujo perfecta
y racionalmente esca-
lonados, y por medio
de los cuales se consi-
gue fácil y perfecta-
mente el objeto que
se propone el autor.
Acompaña á los cuader-
nos una explicación so-
bre el modo de realizar
esta enseñanza. Vén-
dense en la librería del
autor (Caspe, 32, Bar-
celona) al precio de 20
céntimos la colección
de 12 pliegos y á 1'50
pesetas el paquete de
100 pliegos de una sola
clase ó surtidos.

EL SORRUT BENE-
FACTOR. *L'AVAR*, co-
medias de *Goldoni*, tra-
ducidas al catalán por
Narciso Oller. — Un

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las *Afecciones del*
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,
de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y
loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza
y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, Paris, que envía gratis su curioso librito.

AVISO Á LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD
EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la
Academia de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DEPÓSITO: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentacion
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Funde y conserva el óstis limpio y terso
CASA CANDÈS 14, St-Denis, 16

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.
El mas activo y economico, el unico inalterable.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia
de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para
los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN